

Siglo xx: siglo marxista, siglo americano: la formación y la transformación del movimiento obrero mundial

En los párrafos finales de la primera sección del *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels exponen dos razones distintas por las que terminará la dominación de la burguesía¹. Por una parte, la burguesía «no es capaz de dominar, porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación, lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad». Por otra parte: «El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las

¹ Este artículo será publicado como el capítulo segundo en S. Amin, G. Arrighi, A. G. Frank y I. Wallerstein, *Transforming the Revolution: Social Movements and the World System*, Monthly Review Press, Nueva York, 1990. Debo dar las gracias a Terence K. Hopkins y Beverly J. Silver por sus comentarios y críticas de los primeros borradores de este capítulo.

que ésta produce y se apropia de lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables². Mi tesis aquí será que ambas predicciones representan tanto la fuerza como la debilidad del legado marxiano. Representan su fuerza porque se han visto convalidadas en muchos aspectos cruciales por las tendencias fundamentales de la economía-mundo capitalista en los 140 años posteriores. Y representan su debilidad porque ambas previsiones se contradicen mutuamente en aspectos parciales y porque además esa contradicción ha seguido viviendo sin llegar a resolverse en las teorías y las prácticas de los seguidores de Marx.

La contradicción, tal y como yo la veo, es la siguiente. La primera previsión es la de la impotencia proletaria. La competencia impide al proletariado la participación en los beneficios del progreso industrial y le lleva a tal estado de miseria que, en vez de una fuerza productiva, se convierte en un lastre para la sociedad. La segunda previsión, en cambio, es la de la potencia proletaria. El desarrollo de la industria sustituye la competencia por la asociación entre proletarios, socavando la capacidad de apropiación burguesa de los beneficios del progreso industrial.

Para Marx, naturalmente, no había una verdadera contradicción. La tendencia al debilitamiento del proletariado remitía al ejército industrial del reserva y socavaba la *legitimidad* de la dominación burguesa. La tendencia al reforzamiento del proletariado remitía al ejército industrial activo y socavaba la capacidad de apropiación burguesa del excedente. Además, ambas tendencias no se concebían como independientes entre sí. En la medida en que se ve socavada la capacidad de apropiación burguesa del excedente, se derivan dos tendencias que atañen al ejército industrial de reserva. Los medios de que dispone la burguesía para «alimentar», es decir, para reproducir el ejército industrial de reserva se reducen, a la vez que disminuyen también los incentivos al empleo de trabajo proletario como medio de aumentar el capital y, *ceteris paribus*, aumenta el ejército de reserva. De ahí que todo aumento del poder de resistencia a la explotación por parte del ejército industrial activo se traduzca más o menos automáticamente en una pérdida de legitimidad del orden burgués.

Al mismo tiempo, toda pérdida de legitimidad debida a la incapacidad de asegurar el sustento del ejército de reserva se traduce más o menos automáticamente en un mayor (y cualitativamente superior) poder del ejército activo. Desde la perspectiva de Marx, los ejércitos activo y de reserva estaban formados por un mismo material humano que se supone circula más o menos continuamente de uno a otro. Los mismos individuos formaban parte hoy del ejército industrial activo y mañana del ejército industrial de reserva, en función de los continuos altibajos de las empresas, las líneas de producción y

² Karl Marx, Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Harmondsworth 1967, pp. 93-94. [Existe edición en castellano: *Manifiesto Comunista*, Akal Ediciones, Madrid, 1997, p. 37.]

los escenarios productivos. Así, el orden burgués perdería su legitimidad entre los miembros del ejército de reserva así como del ejército activo, aumentando la tendencia de aquellos que por ventura formaran parte del ejército activo a transformar su asociación en el proceso productivo, de un instrumento de explotación por parte de la burguesía en un instrumento de lucha contra ésta.

Los tres postulados

El poder del modelo descansa en su sencillez. Se basa en tres postulados. En primer lugar, tal y como Marx declarará en el tercer tomo *El Capital*, el límite del capital es el propio capital. Es decir, la evolución y la defunción final del capital están inscritos en sus «genes». El elemento dinámico es «el progreso de la industria», sin el cual la acumulación capitalista no puede seguir su camino. Pero el progreso de la industria sustituye la competencia entre los trabajadores, sobre la que descansa la acumulación, por su asociación. Tarde o temprano, la acumulación capitalista resulta contraproducente.

Sin embargo, esta perspectiva determinista sólo se aplica al conjunto del sistema y para largos períodos de tiempo; para espacios y tiempos particulares, el resultado permanece completamente indeterminado. Hay derrotas y victorias del proletariado, pero ambas son acontecimientos necesariamente provisionales y localizados que tienden a ser «compensados» por la lógica de la competencia entre las empresas capitalistas y entre los proletarios. Lo único que es inevitable en el modelo es que, muy a largo plazo, la acumulación capitalista crea las condiciones para un aumento de las victorias proletarias sobre las derrotas hasta que la dominación burguesa se vea destituida, sustituida o transformada hasta llegar a ser irreconocible.

El tiempo y las modalidades de la transición a un orden postburgués permanecen a su vez indeterminados. Precisamente porque la transición se hacía depender de una multiplicidad de victorias y derrotas combinadas espacial y temporalmente en formas impredecibles, el *Manifiesto* decía poco sobre los contornos de la futura sociedad, salvo que llevaría las huellas de la cultura proletaria, con independencia de lo que pudiera ser la cultura en la época de transición.

Un segundo postulado es el de que los agentes del cambio social a largo plazo y a gran escala son personificaciones de tendencias estructurales. La competencia entre los miembros individuales de la burguesía asegura el progreso de la industria, mientras que la competencia entre los miembros individuales del proletariado asegura que los beneficios correspondan a aquélla. Sin embargo, el progreso de la industria significa una cooperación cada vez mayor dentro de y entre los procesos de trabajo, lo que, en una determinada fase de desarrollo, transforma al proletariado de un conjunto de individuos en competencia en una clase unida capaz de acabar con la explotación.

La conciencia y la organización son reflejos de procesos estructurales de competencia y cooperación que no responden a ninguna vo-

luntad individual o colectiva. Las múltiples batallas libradas por los proletarios son un ingrediente esencial de la transformación del cambio estructural en un cambio ideológico y organizativo, pero ambos arraigan en cambios estructurales. Ésta es la única «comprensión» que cabe «aportar» al proletariado desde el exterior de su condición:

«Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses que les separen del conjunto del proletariado.

No proclaman principios sectarios a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por las que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto»³.

El tercer postulado del modelo es la primacía de la economía sobre la cultura y la política. A su vez el proletariado es definido en términos puramente económicos como «la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. Estos obreros, obligados a venderse al detalle, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio, sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado»⁴.

³ *Ibid.*, p. 95 (p. 39).

⁴ *Ibid.*, p. 87 (p. 30). En esta definición, que adoptaré en lo sucesivo, no se indica que los trabajadores deban estar empleados en determinadas ocupaciones («obrero de fábrica», por ejemplo) para ser calificados como miembros del proletariado. Incluso expresiones como «proletariado industrial» deben entenderse que designan al segmento normalmente empleado por las empresas capitalistas en la producción y la distribución, sin tener en cuenta el tipo de trabajo realizado o la rama de actividad en la que opera la empresa.

Sin embargo, la definición de Marx es ambigua respecto a los límites superiores e inferiores del proletariado. En el extremo superior nos enfrentamos al problema de clasificar a trabajadores que, sin dejar de vender su fuerza de trabajo por un salario, lo hacen desde una posición de fuerza individual que les permite exigir y obtener remuneraciones por su esfuerzo que, si el resto de las circunstancias no varían, son más elevadas que las que recibe el trabajador medio. Éste es el caso, obviamente, de los escalones superiores de la dirección, pero una enorme variedad de individuos (llamados «profesionales») trabajan por un sueldo o salario sin estar proletarizados en ningún sentido significativo (es decir, sustancial) de la palabra. En lo sucesivo, tales individuos quedan excluidos implícitamente de las filas del proletariado a no ser que sean objeto de una referencia explícita, dado que se hallan únicamente proletarizados en un sentido formal.

En el extremo inferior nos enfrentamos al problema opuesto de clasificar a trabajadores que no encuentran un comprador de su fuerza de trabajo (que no tendrían ningún inconveniente en vender a los precios vigentes), de modo que se dedican a actividades por las que no reciben un salario y que les reportan unas remuneraciones laborales que, si el resto de las circunstancias no varían, son más bajas que las que reciben los trabajadores asalariados medios. En efecto, éste es el caso de la mayor parte de lo que Marx llama ejército industrial de reserva. A decir verdad, todo el ejército industrial de reserva se encuentra en esta situación, con excepción de una pequeña minoría de individuos que reúnen los requisitos para recibir subsidios de desempleo o que pueden permitirse por otras razones permanecer rigurosamente desempleados por tiempo indefinido. En lo sucesivo, todos los trabajadores no-asalariados de la citada condición quedarán incluidos implícitamente en el proletariado; en su ejército de reserva, naturalmente, pero así y con todo en el proletariado.

La condición proletaria

Qué duda cabe de que todo el trabajo de Marx consistió en denunciar la ficción implícita en el tratamiento del trabajo como una mercancía más. Al ser inseparable de su propietario, y por tanto estar dotada de voluntad e inteligencia, la mercancía fuerza de trabajo era diferente de todos los demás «artículos de comercio». Sin embargo, en el esquema marxiano esto aparecía sólo en las luchas del proletariado contra la burguesía y aun en tal caso sólo como una voluntad y una inteligencia proletarias indiferenciadas. Las diferencias individuales y de grupo en el seno del proletariado se ven minimizadas o descartadas como residuos del pasado que van siendo eliminados progresivamente por las leyes de la competencia mercantil. El proletario no tiene patria ni familia:

«Para la clase obrera, las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo coste varía según la edad y el sexo»⁵.

«El moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional...»

«La separación y el antagonismo entre los pueblos desaparecen día tras día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden»⁶.

Así pues, en el esquema marxiano el proletario es o bien un individuo atomizado en competencia con otros individuos (igualmente atomizados) por los medios de subsistencia, o bien un miembro de una clase universal en lucha contra la burguesía. Entre la clase universal y el individuo atomizado no hay un valor intermedio capaz de proporcionar seguridad o estatus en rivalidad con la pertenencia de clase. La competencia mercantil hace de tales valores algo inestable y, por tanto, pasajero.

Asimismo, el esquema marxiano reduce las luchas de poder a un simple reflejo de la competencia mercantil o de la lucha de clases. No existe espacio alguno para perseguir el poder por el poder. El único afán que se basta a sí mismo es el afán por obtener beneficios, la principal forma de excedente mediante la que se produce la acumulación histórica. Los gobiernos son instrumentos de la competencia o del dominio de clase, simples comités «de administración de los negocios comunes de toda la burguesía». Una vez más, la competencia mercantil obliga a los gobiernos a adecuarse a tal perfil de comportamiento. Si éstos no se adaptan a las reglas del juego capitalista, están condenados a salir perdiendo también en el juego del poder:

«Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada [de la burguesía] que derrumba todas las murallas chinas y obliga a capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués

⁵ *Ibid.*, p. 88 (p. 31).

⁶ *Ibid.*, pp. 92, 102 (pp. 35, 46).

de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza»⁷.

En definitiva, el legado marxista original consistía en un modelo de sociedad burguesa que establecía tres firmes previsiones: 1) La sociedad burguesa tiende a polarizarse en dos clases, la propia burguesía y el proletariado, concebido como una clase de trabajadores que sólo pueden vivir en la medida en que encuentran trabajo, y que sólo encuentran trabajo en la medida en que su actividad laboral aumenta el capital. 2) La acumulación capitalista tiende a empobrecer y, al mismo tiempo, a reforzar al proletariado dentro de la sociedad burguesa. El fortalecimiento remite al proletariado como productor de riqueza social; el empobrecimiento remite a su papel de fuerza de trabajo más o menos mercantilizada, sometida a todas las vicisitudes de la competencia. 3) Las leyes de la competencia mercantil, social y políticamente ciegas, tienden a combinar ambas tendencias en una pérdida general de legitimidad del orden burgués que provoca su sustitución por un orden mundial no-competitivo y no-explotador.

Para valorar hasta qué punto estas previsiones se han visto confirmadas por la historia ulterior del capitalismo, conviene separar en tres periodos de más o menos la misma extensión los 140 años que nos separan de 1848: de 1848 a 1896; de 1896 a 1948 y de 1948 a nuestros días. Esta periodización resulta útil para muchos de los problemas que tenemos entre manos. Todos corresponden a una «onda larga» de actividad económica, cada una de las cuales comprende una fase de «prosperidad» en la que predominan las relaciones de cooperación en la economía (fases A) y una fase de «depresión» en la que predominan las relaciones de competencia (fases B). A su vez, cada período de cincuenta años tiene sus propias especificidades.

Entre 1848 y 1896 el capitalismo de mercado y la sociedad burguesa, tal y como fueron analizados por Marx, llegaron a su apogeo. El movimiento obrero contemporáneo nació en este período e inmediatamente pasó a ser la principal fuerza antisistémica. Tras una prolongada lucha contra las doctrinas rivales, el marxismo se convirtió en la ideología dominante del movimiento. En el período de 1896 a 1948 el capitalismo de mercado y la sociedad burguesa, según fueron analizados por Marx, entraron en una crisis duradera y a la larga fatal. El movimiento obrero alcanzó su apogeo como fuerza antisistémica central, y el marxismo se consolidó y extendió su hegemonía entre los movimientos antisistémicos. Sin embargo, aparecieron nuevas divisiones en el seno y entre los diferentes movimientos antisistémicos y, a su vez, el marxismo se escindió en un ala revolucionaria y otra reformista. Después de 1948, el capitalismo de las corporaciones o de los consejos de administración surgió de las cenizas del capitalismo de mercado como la estructura dominante de la economía-mundo. La proliferación de movimientos antisistémicos continuó aumentando a la par que su fragmentación y sus an-

⁷ *Ibid.*, p. 84 (p. 27).

tagonismos mutuos. Bajo la presión de esos antagonismos, el marxismo entra en una crisis de la que aún no se ha recuperado y de la que, a decir verdad, podría no recuperarse jamás.

I. El nacimiento del movimiento obrero mundial

Las principales tendencias y acontecimientos del primer período (1848-1896) concuerdan con las expectativas del *Manifiesto*. La difusión de las prácticas librecambistas y la revolución de los transportes en los 20-25 años posteriores a 1848 hicieron más que nunca del capitalismo de mercado una realidad de ámbito mundial. La competencia en el mercado mundial se intensificó y la industria se expandió durante casi todo el período de cincuenta años. La proletarianización de los estratos intermedios se agudizó, aunque no de forma tan generalizada e irreversible como se suele afirmar. En parte por la contracción de los estratos intermedios, en parte por la disparidad creciente entre los ingresos de las familias proletarias y burguesas y en parte por la mayor concentración residencial y segregación del proletariado, la polarización de la sociedad en dos clases diferentes y antagonicas parecía una tendencia incuestionable, aunque en algunos países lo fuera más que en otros.

Asimismo, era manifiesta la tendencia de la acumulación capitalista a empobrecer y a la vez fortalecer al proletariado. La mayor concentración del proletariado, unida a la expansión de la industrialización hizo mucho más fácil su organización en forma de sindicatos, y la posición estratégica de los trabajadores asalariados en la nueva producción dotó a esas organizaciones de un poder considerable, no sólo frente a los empresarios capitalistas, sino también frente a los gobiernos. Los éxitos del movimiento obrero británico a lo largo de la fase A de mediados del siglo XIX en la restricción de la jornada de trabajo y la extensión del sufragio fueron las expresiones más visibles, pero no las únicas, de ese poder. Sin embargo, el proletariado también se veía reducido a la miseria. Cada victoria debía ser sancionada por las fuerzas del mercado que restringían estrechamente la capacidad de resistencia de los trabajadores al mando económico y político de la burguesía. En este período el desempleo cobró nuevas dimensiones cualitativas y cuantitativas que redujeron las mejoras en las condiciones de trabajo y de vida del proletariado e intensificaron el peso de la competencia en su seno.

Por último, como pronosticara el *Manifiesto*, las dos tendencias opuestas de empobrecimiento y fortalecimiento minaron conjuntamente la aceptación proletaria del dominio burgués. Una circulación relativamente libre de mercancías, capital y trabajadores dentro y a través de los ámbitos jurisdiccionales de los Estados extendió los costes y los riesgos del desempleo entre las familias proletarias. La consiguiente pérdida de legitimidad condujo a un grado completamente nuevo de autonomía política del proletariado respecto a la burguesía. Sólo entonces comenzó la época de los partidos políticos de la clase obrera. Pero, con independencia de que estos partidos se hubieran formado, los trabajadores asalariados de todos los países

del centro se sacudieron su tradicional subordinación a los intereses políticos de la burguesía y empezaron a perseguir sus propios intereses autónomamente respecto a ésta y, en caso necesario, contra la misma. La expresión más espectacular (y dramática) de esa emancipación política fue la Comuna de París en 1871. En la Comuna, el proletariado se hizo con el poder político por primera vez «durante dos meses» (como escribieron con entusiasmo Marx y Engels en el prefacio a la edición alemana de 1872 del *Manifiesto*). Aunque derrotada, la Comuna de París fue saludada por Marx como ejemplo de la organización futura del proletariado como clase dominante.

La estrecha correspondencia de las tendencias y acontecimientos de 1848-1896 con las previsiones del *Manifiesto* contribuye a explicar la hegemonía que Marx y sus seguidores establecieron en el incipiente movimiento obrero europeo. Su éxito sólo llegó tras prolongadas disputas acerca de si la proletarianización era históricamente irreversible, creando así el terreno apropiado sobre el cual llevar adelante las luchas del momento presente en pos de la sociedad del futuro, tal y como Marx las teorizaba, o si los proletarios podrían recobrar históricamente su independencia económica perdida a través de una u otra forma de producción cooperativa. Esta última perspectiva había sido planteada en períodos anteriores por los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, pero seguía viva bajo formas nuevas y diferentes entre los seguidores de Proudhon y Bakunin en Francia, Bélgica, Rusia, Italia y España, y de Lassalle en Alemania.

La Primera Internacional fue poco más que una caja de resonancia de esta lucha intelectual que vio cómo Marx tomaba partido por los *trade-unions* (los únicos representantes verdaderos del proletariado industrial realmente existente) contra una variada colección de intelectuales revolucionarios y reformistas (algunos de extracción obrera) de la Europa continental. Aunque en buena medida Marx llevaba la batuta, nunca consiguió una victoria rotunda y, cuando lo hizo, el impacto en el movimiento real fue ilusorio. El momento de la verdad llegó con la Comuna de París. Las conclusiones que Marx sacó de aquella experiencia (la necesidad de constituir partidos obreros legales en cada país como prerrequisito de una revolución socialista) le alejaron, por razones opuestas, tanto de los revolucionarios continentales como de los *trade-unions* británicos; la suerte de la Internacional estaba echada⁸.

Hacia una nueva Internacional

En el preciso momento en que se desintegraba la Primera Internacional, sin vencedores y sí con muchos perdedores, alrededor de 1873, la fase de «prosperidad» de mediados de siglo se transformó en la Gran Depresión de finales de siglo, creando las condiciones para el despegue del movimiento obrero en su forma moderna, así como

⁸ Cfr. Wolfgang Abendroth, *A Short History of the European Working Class*, Nueva York, 1973. [Existe edición en castellano: Wolfgang Abendroth, *Historia social del movimiento obrero europeo*, Ariel, Barcelona, 1983.]

para que los marxistas determinaran su hegemonía dentro del movimiento. La intensificación de las presiones competitivas extendieron y profundizaron los procesos de proletarización y multiplicaron las ocasiones de conflicto entre trabajo y capital. Entre 1873 y 1896, la actividad huelguística se desarrolló a una escala sin precedentes en un país tras otro, a la vez que se creaban partidos obreros por toda Europa siguiendo las recomendaciones de Marx en 1871. En 1896, una nueva Internacional, esta vez basada en partidos obreros con una clara unidad de proyecto, se había hecho realidad.

El éxito del *Manifiesto* en la previsión a grandes rasgos de los siguientes cincuenta años fue y sigue siendo realmente impresionante. Sin embargo, no todos los hechos pertinentes se ajustaron al esquema marxiano, fundamentalmente, en el caso de la propia política proletaria. El único intento importante llevado a cabo por el proletariado para constituirse como clase dominante conforme a las orientaciones teorizadas por Marx, la Comuna de París, prácticamente no tuvo nada que ver con el tipo de tendencias que, de acuerdo con aquella teoría, debían producir una toma revolucionaria del poder semejante. No fue la consecuencia de factores estructurales (un reforzamiento del proletariado motivado por el progreso de la industria, unido a su creciente empobrecimiento motivado por la mercantilización), sino en buena medida el resultado de factores políticos: la derrota de Francia frente a Prusia y las duras condiciones creadas por la guerra. Es decir, el proletariado intentó hacer una revolución política no a causa de una contradicción creciente entre el aumento de su explotación y el aumento de su poder en los procesos de producción, sino motivado porque el Estado burgués había demostrado su incapacidad para «proteger» a la sociedad francesa en general, y al proletariado parisino en particular, de o contra otro Estado.

Podría objetarse que la derrota en la guerra fue sólo el detonante de contradicciones estructurales que eran la verdadera causa (es decir, la más profunda) de la explosión. No cabe duda de que allí donde las contradicciones estructurales estaban más desarrolladas (en Inglaterra, durante el período que estudiamos, en los Estados Unidos, desde finales de la década de 1870 en adelante) el nivel de guerra de clases directa era, en efecto, mucho más alto que en cualquier otro lugar⁹. Sin embargo, el problema era que la conflictividad obrera en esos países no demostraba ningún tipo de inclinación a transformarse en revolución política. Si el proletariado industrial británico (con mucho el más desarrollado como clase en sí y el más propenso a la actividad huelguística en torno a 1871) hubiera tenido la más leve inclinación en ese sentido, sus representantes en la Primera Internacional hubieran adoptado una postura más favorable hacia la Comuna de París de la que en realidad mantuvieron. De hecho, su actitud negativa era sintomática de un problema mayor en el esque-

⁹ Todas las informaciones sobre la conflictividad obrera contenidas en este artículo se basan en las investigaciones llevadas a cabo por el World Labor Research Working Group del Fernand Braudel Center, State University of New York en Binghamton. Los resultados más importantes de esa investigación han sido publicados en 1995 en un número especial de *Review* (vol. XVIII, número 1), la revista del FBC.

ma marxiano que probablemente contribuyó a persuadir a Marx del abandono de su participación activa en la política obrera.

La disyuntiva entre formas directas y formas más oblicuas de la lucha de clases quedó confirmada en otro sentido después de la Comuna de París. Como hemos visto, la llegada de la Gran Depresión de finales del siglo XIX coincidió con un notable aumento de la actividad huelguística (la forma más directa de la lucha de clases) y con la formación de partidos obreros nacionales (una forma oblicua de lucha de clases). Aunque ambas tendencias parecían convalidar las previsiones del *Manifiesto*, su separación espacial difícilmente encajaba en el esquema marxiano. Los países que destacaban por su actividad huelguística (Gran Bretaña y los Estados Unidos) iban rezagados en la formación de partidos obreros, al contrario de lo que sucedía en Alemania. En términos generales, parecía que la formación de partidos obreros tenía poco que ver con la explotación económica, la formación de la clase obrera y el conflicto estructural entre trabajo y capital. Antes bien, los principales determinantes parecían ser la centralidad, real y percibida, del Estado en la regulación económica y social, y la lucha por los derechos civiles básicos (con los derechos de reunión y voto en primer plano) de y para el proletariado. En Alemania, donde el Estado era sumamente visible y un creciente proletariado industrial se encontraba privado de derechos civiles básicos, la lucha de clases cobró la forma oblicua de la organización de un partido obrero. Sólo al final de la Gran Depresión, sobre todo en la siguiente fase A, la lucha de clases se presentó en forma de choque directo entre el trabajo y el capital. En Gran Bretaña y en los Estados Unidos, donde el Estado estaba organizado de forma menos centralizada y el proletariado ya había conseguido derechos civiles básicos, la lucha de clases se determinó como actividad huelguística y formación de sindicatos; sólo mucho más tarde (en Gran Bretaña) o nunca (en los Estados Unidos) prosperaron los intentos de formar partidos obreros importantes de ámbito nacional.

Discutiremos estas diferencias posteriormente en la siguiente sección. Por ahora señalemos sencillamente que la historia de la lucha de clases en los primeros cincuenta años posteriores a la publicación del *Manifiesto* proporcionó *tanto* la confirmación neta de sus principales previsiones *a la vez que* ofreció material de reflexión acerca de la validez de la relación entre lucha de clases y revolución socialista postulada por Marx y Engels. Más en concreto, la formación socioeconómica del proletariado industrial llevó al desarrollo de formas estructurales de lucha de clases, pero no al desarrollo de tendencias políticas, y no digamos ya políticamente revolucionarias, en el seno del proletariado. La actitud del proletariado hacia el poder político siguió siendo puramente instrumental *a no ser que*, como sucedía en la Europa continental, las propias condiciones políticas (relaciones entre Estados y relaciones entre los Estados y sus súbditos) motivaran una participación más directa, y en caso necesario revolucionaria, en la actividad política. Con los enormes progresos del movimiento obrero (y del marxismo en su seno) a finales del siglo XIX, esas anomalías debieron parecer meros detalles que no

merecían demasiada atención. Además, seguía siendo razonable la expectativa de que la mano invisible del mercado se encargara de las disputas nacionales e hiciera que el movimiento obrero de todos los países convergiera en un modelo común de lucha, conciencia y organización. Al final, lo que había sido una anomalía menor se convirtió en los cincuenta años posteriores en una tendencia histórica cardinal que escindió al movimiento obrero en dos campos opuestos y antagónicos.

II. Guerras globales, movimiento y revolución

Entre 1896 y 1948 se derrumbó el orden del dominio del mercado mundial para los actores políticos y sociales, y quedó así incumplida la expectativa de Marx de una progresiva homogeneización de las condiciones de existencia del proletariado mundial. Siguiendo la ideología liberal del siglo XIX, Marx daba por sentado que el mercado mundial operaba por encima de las cabezas en vez de entre las manos de los actores estatales. Ello resultó ser una equivocación esencial, porque el mercado mundial de su tiempo era en primer lugar y ante todo un instrumento del dominio británico sobre la expansión del sistema de Estados europeos. Como tal, su eficacia descansaba en una determinada distribución del poder y de la riqueza entre una multiplicidad de grupos dominantes cuyo continuo consentimiento, o al menos su aquiescencia, era esencial para la continuidad de la hegemonía británica.

La Gran Depresión de 1873-1896 marcó tanto el punto máximo así como el punto terminal del dominio del mercado mundial tal y como se había instituido en el siglo XIX. Uno de los principales aspectos de la depresión fue la llegada a Europa de suministros masivos y baratos de grano de ultramar (y de Rusia). Los principales beneficiarios fueron los proveedores de estas áreas (los Estados Unidos en primer lugar) y el propio poder hegemónico, que era el principal importador de grano de ultramar y controlaba la mayoría de la intermediación comercial y financiera mundial. El principal perdedor fue Alemania, cuyos poder y riqueza en rápido aumento seguían dependiendo en gran medida de la producción interna de grano y apenas de la organización del comercio y de las finanzas mundiales. Amenazadas por la nueva situación, las clases dominantes alemanas respondieron con un espaldarazo más a su complejo militar-industrial, en un intento por desplazar o unirse a Gran Bretaña en los puestos de mando de la economía-mundo. El resultado fue una lucha de poder generalizada y abierta en el sistema interestatal cuya solución iba a acarrear dos guerras mundiales.

En el curso de esta lucha, el dominio del mercado mundial quedó deteriorado y, durante la Primera Guerra Mundial, en suspenso. El fin del dominio del mercado mundial no detuvo el «progreso de la industria» ni la «mercantilización del trabajo», las dos tendencias que, en el esquema marxiano, debían producir simultáneamente un aumento del poder social así como de la miseria de los trabajadores. Por el contrario, las guerras globales y su preparación fueron facto-

res más poderosos del progreso industrial y de la miseria de masas de lo que durante su historia lo fuera el dominio del mercado. Pero el fin del mercado mundial supuso que el poder social y la miseria de masas del proletariado mundial pasaran a distribuirse entre sus diversos segmentos de manera mucho menos uniforme que antes.

En términos generales, en los períodos de movilización bélica aumentó el tamaño del ejército industrial activo (tanto absoluta como relativamente respecto al tamaño del ejército de reserva) en la mayoría de los emplazamientos de la economía-mundo, incluidos países no directamente implicados en la guerra. Además, la creciente «industrialización de la guerra» de finales del siglo XIX y principios del XX convirtió la cooperación entre las tropas industriales en algo tan importante (por no decir más) como la cooperación entre las tropas militares a la hora de determinar los resultados de los esfuerzos bélicos. Así pues, el poder social del trabajo creció al mismo paso que la escalada de la lucha por el poder dentro del sistema interestatal.

Pero las guerras globales absorbieron también una creciente cantidad de recursos, a la vez que desbarataban las redes de producción e intercambio a través de las cuales se conseguían esos recursos. Como consecuencia, disminuyeron los recursos globales de las clases dominantes para satisfacer las reivindicaciones del movimiento obrero, o bien no aumentaron con la misma rapidez que estas últimas. Así pues, fueron las guerras globales las que crearon esa combinación de poder y privación proletarias que, en el esquema marxiano, debía producir una intensificación de la lucha de clases y la extinción final del dominio del capital.

De hecho, ambas guerras mundiales generaron olas globales de lucha de clases. La actividad huelguística en su conjunto decayó en los primeros años de ambas guerras para intensificarse en los últimos. Las consiguientes fases de apogeo de la conflictividad obrera no tenían precedentes históricos, y hasta el día de hoy no se han visto igualadas. Y cada apogeo estuvo ligado a una revolución socialista cardinal: en Rusia y más tarde en China. Aunque estas olas de lucha de clases no acabaron con el dominio del capital, produjeron cambios fundamentales en las formas de ejercicio de su dominio. Estos cambios siguieron dos trayectorias radicalmente diferentes y divergentes que se correspondían punto por punto con las posiciones contrarias que adoptaron Bernstein y Lenin durante la llamada controversia revisionista.

En una de sus resoluciones finales, el congreso de la Internacional Socialista de 1896 pronosticaba una crisis general inminente que introduciría en el orden del día de los partidos socialistas la cuestión del ejercicio del poder estatal. Trataba, pues, de persuadir al proletariado de todos los países de la «necesidad imperativa de aprender, como ciudadanos con conciencia de clase, a administrar los asuntos de sus respectivos países en aras del bien común». En línea con esta resolución, se decidió que los futuros congresos estarían abiertos sólo a los representantes de organizaciones que trabajaran por la

transformación del orden capitalista en un orden socialista y estuvieron preparados para participar en las actividades legislativas y parlamentarias. Por lo cual todos los anarquistas quedaron excluidos.

Movimiento y fines

El final de la vieja controversia entre los seguidores de Marx y Bakunin marcó el comienzo de una nueva controversia entre los propios seguidores de Marx. Aunque el objetivo de trabajar por la transformación socialista del orden capitalista se enunciaba en términos lo bastante vagos y ambiguos como para adecuarse a todos los matices de opinión existentes entre los seguidores de Marx, la definición misma de un objetivo político común para el proletariado de todos los países planteó algunos problemas teóricos y prácticos fundamentales. Eduard Bernstein fue el primero en sacar a la luz estos problemas.

Aunque Bernstein ha pasado a la historia como el gran revisionista del pensamiento marxiano, en realidad su revisionismo declarado era muy suave, especialmente si lo comparamos con el de algunos de sus oponentes «ortodoxos». Siguiendo los principios del socialismo *científico*, buscaba probar la validez/invalidez de las tesis de Marx sobre el aumento secular del poder social de los trabajadores y del simultáneo aumento secular de su miseria. Y, como Marx, pensaba que la mejor guía para el futuro del movimiento obrero en la Europa continental en general y en Alemania en particular era el pasado y el presente del movimiento en Gran Bretaña. Consecuentemente, centró su atención en las tendencias de este último.

Partiendo de esas premisas, Bernstein halló numerosas pruebas que confirmaban la primera tesis, pero no muchas que confirmaran la segunda: no sólo había habido importantes mejoras en las condiciones de vida y de trabajo del proletariado industrial, sino que la democracia política se había extendido y transformado, de un instrumento de subordinación, en un instrumento de emancipación de las clases obreras. Escribiendo al final de la Gran Depresión de 1873-1896 y a comienzos de la *belle époque* del capitalismo europeo, no veía razones para pensar que esas tendencias pudieran invertirse en un futuro previsible. Las organizaciones liberales de la sociedad moderna eran algo destinado a permanecer, lo suficientemente flexibles como para dar cabida a un aumento indefinido del poder social del trabajo. Como en el pasado, lo único que hacía falta eran «organización y acción enérgica» [la cursiva es mía, GA]. Una revolución socialista, en el sentido de una dictadura revolucionaria del proletariado, no era ni necesaria ni deseable¹⁰.

Bernstein resumió su postura en el eslogan: «El movimiento lo es todo, los fines no son nada». Lo que sonaba a provocación para los marxistas tanto reformistas como revolucionarios. De hecho, fue un reformista (Karl Kautsky) el que dirigió la embestida contra el revisionismo de Bernstein. En lo esencial, Kautsky sostenía que todas las

¹⁰ Eduard Bernstein, *Evolutionary Socialism*, Nueva York, 1986, pp. 163-164. [Existe edición en castellano: *Socialismo evolucionista*, Fontamara, Barcelona, 1975.]

ventajas económicas y políticas del proletariado eran coyunturales, que era inevitable y de hecho se estaba gestando una crisis general y que en esa crisis la burguesía intentaría recuperar por la fuerza cualesquiera concesiones que hubiera tenido que hacer al proletariado con anterioridad. Bajo tales circunstancias, todo estaría perdido salvo en el caso de que el proletariado y sus organizaciones estuvieran preparados para tomar y conservar, en caso necesario a través de medios políticos revolucionarios, los puestos de mando del Estado y de la economía. Así pues, aunque Kautsky conservaba todas las ambigüedades de Marx en lo concerniente a la relación entre las luchas presentes del proletariado (el «movimiento» en el eslogan de Bernstein) y el objetivo final de la revolución socialista (los «fines») en aquel momento su postura distaba apenas un paso de la conclusión de que los fines lo eran todo y el movimiento no era nada.

El propio Kautsky nunca dio ese paso. Le tocó a Lenin, que había tomado partido por Kautsky contra Bernstein, llevar los argumentos de Kautsky a su conclusión lógica. Si sólo una toma socialista del poder estatal podía salvar/extender todas las conquistas previas del movimiento, entonces lo primero era claramente prioritario sobre lo segundo. Resultaba además que las conquistas del movimiento eran engañosas. En primer lugar, no tenían en cuenta las pérdidas futuras con las que el movimiento, abandonado a sí mismo, habría de tropezarse inevitablemente. Además, sólo reflejaban un lado de la condición proletaria. Haciendo un mayor hincapié en la tesis acerca de la «aristocracia obrera», Lenin se apartaba implícitamente del criterio de Marx según el cual la mejor guía para el futuro del movimiento obrero en la Europa continental era el presente y el pasado del movimiento obrero en Gran Bretaña. El aumento progresivo del poder social del trabajo en Gran Bretaña era un fenómeno local y a corto plazo ligado a la posición británica en los puestos de mando de la economía-mundo. El presente y el futuro del proletariado en Europa continental en general y en el Imperio ruso en particular era el de la creciente miseria de masas y la continua opresión política, a pesar de la presencia de movimientos obreros sumamente vigorosos y bien organizados.

Se derivaban dos conclusiones. En primer lugar, las conquistas (o en este caso los fracasos) de los movimientos proletarios creaban un tipo de percepciones erróneas entre sus líderes y entre las bases de aquéllos. La conciencia de la necesidad y de la posibilidad de la revolución socialista sólo podía desarrollarse fuera de los movimientos y debía ser introducida en éstos por una vanguardia de revolucionarios profesionales. En segundo lugar, las organizaciones de los movimientos debían transformarse en «correas de transmisión» capaces de transmitir las órdenes de las vanguardias revolucionarias a las masas proletarias. En esta teorización, verdaderamente el movimiento no era nada, un simple medio, los fines lo eran todo.

Un balance contradictorio

Si consideramos la evolución real del movimiento obrero durante todo el período 1896-1948, encontramos numerosas pruebas que

confirman las posiciones tanto de Lenin como de Bernstein, pero muy pocas que confirmen la posición intermedia de Kautsky. Todo depende de dónde busquemos. La predicción/prescripción de Bernstein según la cual la organización y la acción enérgica eran suficientes para forzar/inducir a las clases dominantes a dar cabida económica y políticamente al aumento secular del poder social de los trabajadores ligado al progreso de la industria, recoge lo esencial de la trayectoria de los movimientos obreros anglosajón y escandinavo. A pesar de dos guerras mundiales y una crisis económica mundial catastrófica, que Bernstein no acertó a predecir, el proletariado de estas áreas continuó experimentando una mejora en su bienestar económico y en su representación gubernamental en correspondencia con su papel cada vez más importante en el sistema de la producción social.

Los progresos más espectaculares se produjeron en Suecia y en Australia. Pero los progresos más importantes desde el punto de vista de la política de la economía-mundo tuvieron lugar en Gran Bretaña (la potencia hegemónica en declive, pero todavía la potencia colonial dominante) y en los Estados Unidos (la potencia hegemónica en ascenso). El movimiento obrero organizado, una fuerza marginada y subordinada en la política nacional de ambos Estados en 1896, pasó en 1948 a ser el partido en el gobierno en Gran Bretaña y a ejercer un influjo decisivo sobre el gobierno de los Estados Unidos. Todo esto se consiguió precisamente siguiendo el camino previsto y prescrito por Bernstein: es decir, el camino de los movimientos enérgicos y bien organizados capaces de explotar cualquier ocasión que se presentara para transformar el creciente poder social del trabajo en un mayor bienestar económico y una mejor representación política. En este contexto, el objetivo de la revolución socialista nunca estuvo en el orden del día, y las vanguardias revolucionarias del proletariado encontraron pocos adeptos.

Sin embargo, 1896-1948 fue también el período de los mayores éxitos de la revolución socialista, el período en el que las autoproclamadas vanguardias del proletariado se hicieron con el control de los resortes del poder en casi media Eurasia. Aunque diferentes en muchos aspectos, las experiencias del proletariado en el Imperio ruso y en lo que fuera el Imperio chino presentaban importantes analogías. Vigorosos movimientos de protesta (en 1905 en el Imperio ruso, en 1925-27 en China) no consiguieron mejorar las condiciones de existencia del proletariado: más que el aumento del poder social, fue la creciente miseria de las masas su aplastante experiencia. Además, la escalada de las luchas de poder interestatales (el «imperialismo» en la teoría de la revolución de Lenin) redujo a su vez la capacidad de las clases dominantes para proporcionar al proletariado una mínima protección.

En estas circunstancias, una vanguardia consagrada a la revolución, adiestrada en el análisis científico de los acontecimientos sociales, de las tendencias y las coyunturas, podía aprovecharse de la desorganización de las redes de poder nacionales y mundiales para llevar

a cabo con éxito revoluciones socialistas. La base del poder de esta vanguardia era el empobrecimiento de masas explotadas cada vez más numerosas, con independencia de sus específicas situaciones de clase. La creciente miseria de las masas transformó a la enorme mayoría de la población en miembros reales o potenciales del ejército industrial de reserva y, al mismo tiempo, impidió a quienes quiera que por ventura formaban parte del ejército industrial activo en un momento dado, desarrollar una identidad de clase separada de la de los demás grupos y clases subordinados. En este contexto, los movimientos de protesta que de hecho se desarrollaron dentro de la condición transitoria y precaria de la fuerza de trabajo asalariada no proporcionaron ni una base adecuada para un movimiento continuo, ni una dirección para la acción política orientada a la transformación socialista del orden social existente. En efecto, las vías y los medios de esa transformación iban a desarrollarse fuera de, y a menudo en oposición a los movimientos espontáneos de protesta de las masas proletarias.

La característica más sorprendente de estas tendencias divergentes —el desarrollo del poder social del trabajo en algunas situaciones y de la revolución socialista contra la miseria de masas en otras— es que, tomadas en su conjunto, demuestran la impermeabilidad histórica del proletariado industrial a las ideologías y prácticas socialistas revolucionarias. Allí donde el poder social del proletariado industrial era importante y crecía, la revolución socialista no tuvo seguimiento; y allí donde la revolución socialista tuvo un seguimiento, el proletariado industrial no tenía ningún poder social. Como hemos visto más arriba, la correlación negativa entre el poder social del trabajo y sus inclinaciones revolucionarias ya aparecía de forma embrionaria en tiempos de la Comuna de París, y probablemente fue una de las principales causas de la disolución de la Primera Internacional. Obligado a elegir, tanto teórica como políticamente, entre un movimiento obrero poderoso pero reformista en Gran Bretaña y uno revolucionario pero débil en Francia, Marx eligió no elegir y dejó la cuestión en el aire.

Decisiones preñadas de consecuencias

A medida que el marxismo se iba convirtiendo en una institución política, contra las intenciones originales de Marx y Engels, hubo que tomar una decisión, sobre todo ante el hecho de que la disyunción entre el poder social y las predisposiciones revolucionarias del proletariado aumentaba, en vez de disminuir. Bernstein planteó el problema y decidió tomar partido por el poder social del trabajo (el «movimiento»); Lenin decidió tomar partido por las inclinaciones revolucionarias que nacían de la miseria de masas (los «fines», en la antinomia de Bernstein); y Kautsky, como Marx treinta años antes, eligió no elegir. De hecho, fue ésta su única declaración legítima de «ortodoxia».

Esa elección de no elegir tuvo consecuencias políticas desastrosas. Mientras que la elección de Bernstein fue validada por los posterior-

res éxitos del movimiento obrero en el mundo anglosajón y en Escandinavia, y la elección de Lenin por los posteriores éxitos de la revolución socialista en lo que fueran los Imperios ruso y chino, la elección de no elegir de Kautsky quedó descalificada como estrategia política por los posteriores éxitos de la contrarrevolución en el centro y el sur de Europa. Al menos en parte, podemos seguir la pista del ascenso del fascismo y del nacionalsocialismo partiendo de la incapacidad crónica de las principales organizaciones de la clase obrera para elegir entre el reformismo enérgico y la acción revolucionaria enérgica.

No cabe duda de que esa incapacidad crónica remitía a la situación social más compleja a la que se enfrentaban las organizaciones obreras en esas regiones –es decir, una situación caracterizada por la combinación de un creciente poder social del trabajo con una creciente miseria de masas sin que se diera una preponderancia de una u otra tendencia–. La contradicción era real y estaba localizada. Esta contradicción generó dentro del proletariado industrial inclinaciones revolucionarias considerables a la par que inclinaciones más reformistas, combinación que dejó a las direcciones del movimiento frente a un dilema permanente. La elección de no elegir de Kautsky y el impresionante aparato teórico y político que la respaldaba, proporcionaban todas las justificaciones necesarias para unos líderes que, en vez de inclinar la balanza en una u otra dirección, reflejaban pasivamente las divisiones que desgarraban al movimiento, agravando así la confusión y la desorientación política.

Nunca sabremos si una acción, reformista o revolucionaria, más enérgica por parte de la socialdemocracia alemana habría influido en alguna medida en el curso posterior de la historia alemana y mundial. Pero, del mismo modo que no deberíamos minusvalorar las responsabilidades históricas de la socialdemocracia alemana (o, a este mismo respecto, del socialismo italiano) a la hora de preparar el terreno al nacionalsocialismo y al fascismo, tampoco deberíamos exagerarlas. Los triunfos hegemónicos de las elites reaccionarias en la toma del poder en países tan dispares como Alemania, Japón e Italia respondían a causas tanto sistémico-mundiales como locales. Las causas sistémico-mundiales eran los procesos combinados de desintegración del dominio del mercado mundial y la escalada en las luchas de poder interestatales que hemos señalado al comienzo de esta sección. Estos procesos estimularon la preparación para la guerra, que en el siglo xx vino a suponer, por un lado, ante todo la expansión y modernización de los complejos militar-industriales y, por el otro, un acceso exclusivo o privilegiado a los recursos económicos mundiales necesarios para esa expansión y modernización. En los Estados que padecían un desequilibrio estructural entre un aparato militar-industrial hipertrófico y una exigua base económica doméstica, las ideologías revanchistas hicieron mella en todos los grupos sociales, incluidas fracciones no despreciables del proletariado industrial.

En estas circunstancias, la indeterminación política creada por las predisposiciones contradictorias del proletariado industrial hacia la

reforma y la revolución contribuyeron a minar la legitimidad del movimiento obrero organizado, con independencia del papel real que éste pudiera jugar en el agravamiento de la indeterminación. Cualquiera fueran sus causas, el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania supuso un acontecimiento decisivo que precipitó una nueva ronda de guerra y de lucha de clases generalizadas. Fue en el transcurso de esta ronda cuando el movimiento obrero organizado pasó a tener una influencia política decisiva sobre las grandes potencias del mundo anglosajón y cuando el campo de los regímenes socialistas-revolucionarios llegó a comprender casi la mitad de Eurasia.

Lo importante es señalar que esta expansión prodigiosa del poder político de los representantes electos o autoproclamados del proletariado industrial tuvo lugar en un contexto de casi total desaparición de las inclinaciones revolucionarias autónomas por parte del propio proletariado industrial. De hecho, en ninguna parte, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, el proletariado industrial protagonizó un intento de tomar en sus manos el poder del Estado a través de «comunidades» o «soviets», ni siquiera en los países derrotados, como hizo en Francia en 1871, en Rusia en 1917 y en Alemania y Austria-Hungría en 1919-1920. La expansión del campo de los regímenes socialistas-revolucionarios se debió esencialmente a unos ejércitos que derrotaron a otros –una versión proletaria de la gramsciana «función piamontesa»¹¹.

En la Europa del Este, los regímenes comunistas fueron implantados sustancialmente, ya que no formalmente, por el ejército soviético. En otros lugares, como en Yugoslavia, Albania y, sobre todo, en China, los regímenes comunistas fueron implantados por ejércitos nativos formados y controlados por elites y cuadros políticos revolucionarios que tomaron el mando de la lucha de liberación nacional contra los países del Eje. Incluso en Italia y en Francia, donde los partidos comunistas conquistaron la hegemonía sobre importantes fracciones del proletariado industrial, esta hegemonía fue en buena medida el resultado del liderazgo previo en la lucha armada contra la ocupación alemana. Rechazada por el movimiento obrero de los países del centro de la economía-mundo capitalista, la revolución socialista encontró una audiencia nueva y enormemente receptiva en los movimientos de liberación nacional.

III. La hegemonía de los Estados Unidos y la transformación del movimiento obrero mundial

En 1948, una sencilla extrapolación de las principales tendencias sociales y políticas del medio siglo anterior indicaba un fin inminente del dominio del capital. Cada ronda de guerra generalizada y de lucha de clases daba lugar a avances considerables de la revolución socialista en la periferia y la semiperiferia de la economía-mundo capitalista, así como del poder social y político del proletariado industrial de los países del centro de la misma. Si esas tendencias no se in-

¹¹ Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Nueva York, 1971, pp. 104-105.

vertían, la única cuestión que quedaba por resolver no era la de si el capitalismo lograría sobrevivir, sino la de qué tipo de combinación específica de reformas y revoluciones provocaría su muerte.

Pero las tendencias se invirtieron, y en los siguientes treinta años el capitalismo disfrutó de una nueva «época dorada» de expansión sin precedentes. El proceso autónomo más importante estuvo constituido por la pacificación de las relaciones interestatales y la reconstrucción del mercado mundial bajo la hegemonía de los Estados Unidos. Hasta 1968, la reconstrucción del mercado mundial siguió siendo parcial y profundamente dependiente de los recursos militares y financieros estadounidenses. A continuación, entre 1968 y 1973, el colapso del sistema de Bretton Woods y la derrota de los Estados Unidos en Vietnam pusieron de manifiesto que esos recursos ya no eran suficientes o necesarios por y en sí mismos para el proceso de reconstrucción del mercado mundial en curso. Precisamente, a partir de 1973 el mercado mundial parece haberse convertido, dentro de unos límites, en una «fuerza autónoma» que ningún Estado (incluidos los Estados Unidos) es capaz de controlar. De común acuerdo, los Estados, las corporaciones y los organismos administrativos pueden construir y gestionar, y de hecho construyen y gestionan, los límites del mercado mundial, pero no sin dificultades y consecuencias no deseadas. La realidad es que nunca en la historia del capital el dominio del mercado mundial *per se* se aproximó tanto a su determinación ideal marxiana como en los últimos 15-20 años.

Hoy, las bases sociales del mercado mundial son bastante diferentes de lo que eran en el siglo XIX. Al terminar la guerra, los Estados Unidos no se propusieron la reinstauración del mismo tipo de mercado mundial que se había desplomado durante los anteriores cincuenta años. Sin entrar en las lecciones históricas de ese desplome y en las diferencias estructurales entre el capitalismo británico del siglo XIX y el estadounidense del siglo XX, que discutiremos más adelante, el poder y la influencia conseguidos por el movimiento obrero organizado en los Estados Unidos y en Gran Bretaña y los éxitos de la revolución socialista en Eurasia no hacían factible ni aconsejable esa reinstauración. Las facciones más instruidas de las clases dominantes estadounidenses habían comprendido hacía tiempo que no era posible la vuelta al orden estrictamente burgués del siglo XIX. No podía construirse un nuevo orden mundial basándose únicamente en el poder social y las aspiraciones de la burguesía mundial; éste debía incluir también a una fracción del proletariado mundial lo más numerosa posible desde su punto de vista.

Uno de los aspectos más importantes de esta estrategia fue el apoyo estadounidense a la «descolonización» y a la expansión/consolidación del sistema de Estados soberanos. Como hiciera su predecesor Wilson, Franklin D. Roosevelt compartía implícitamente la visión leninista de la lucha por territorios y poblaciones entre los Estados capitalistas del centro como un juego de suma-cero que creaba un ambiente propicio para las revoluciones socialistas y la extinción final del dominio mundial del capital. Si se trataba de detener la marea de

la revolución socialista en Eurasia antes de que fuera demasiado tarde, entonces había que acabar con esa lucha reconociendo el derecho a la autodeterminación de las fracciones más débiles de la burguesía mundial y del proletariado mundial.

Un objetivo secundario y, sin embargo, enormemente importante de la estrategia de hegemonía mundial de Roosevelt consistió en dar cabida al poder social del movimiento obrero en el propio país y extenderlo en el extranjero. Esta política ofrecía numerosas ventajas para la coalición de intereses que había llegado al poder en los Estados Unidos. Desde el punto de vista del capital de las corporaciones, de ese modo se crearían en Europa y en otros lugares mercados «domésticos» de masas similares al que ya existía en los Estados Unidos, preparando así el terreno para su ulterior expansión transnacional. Desde el punto de vista del movimiento obrero organizado, de ese modo se reduciría la amenaza de las presiones competitivas derivadas de los niveles más bajos de remuneración laboral que regían en casi todas las partes del mundo. Finalmente, desde el punto de vista del gobierno, y ello representaba el elemento más importante, una política de satisfacción en el propio país y de expansión en el extranjero del poder social de los trabajadores significaba que los Estados Unidos podían presentarse a sí mismos y ser percibidos en todas partes como los portadores no sólo de los intereses del capital, sino también de los del trabajo. Fue esta política, junto con el apoyo a la descolonización, lo que transformó la supremacía militar y financiera de los Estados Unidos en una verdadera hegemonía mundial¹².

Así pues, el poder militar y financiero estadounidense pasó a ser el vehículo a través del cual la ideología y la práctica de la primacía del movimiento sobre los fines, típica del movimiento obrero de los Estados Unidos, fue exportada hasta allí donde alcanzara ese poder. El trasplante resultó más satisfactorio en aquellos Estados derrotados (Alemania occidental y Japón) en los que el ejército de los Estados Unidos detentaba, en solitario o en connivencia con sus aliados, el poder gubernamental absoluto y en los cuales, al mismo tiempo, la industrialización había avanzado lo suficiente como para proporcionar a las organizaciones de trabajadores una sólida base social. Sin embargo, incluso en los países en los que obtuvo mejores resultados, esa reestructuración desde arriba de las relaciones de clase por una potencia extranjera habría fracasado si no hubiera dado paso, como llegó a suceder, a la reconstrucción del dominio del mercado mundial y a un rápido despliegue de las estructuras de acumulación sobre las que descansaba el poder social del trabajo en los Estados Unidos.

En la sección anterior, nos ocupamos del movimiento obrero en los Estados Unidos como parte de un modelo anglosajón más amplio en el cual el «movimiento» primaba sobre los «fines». Sin embargo, en el

¹² Tal y como da a entender la frase, utilizo el término «hegemonía» en el sentido gramsciano de dominio ejercido a través de una combinación de coacción y consentimiento. Véase Gramsci, *op. cit.*, pp. 57-58.

período de entreguerras pasó a ilustrar, más que ningún otro movimiento obrero en cualquier país, el poder social que la acumulación de capital pone en manos del trabajo. En otros lugares, en particular en el Reino Unido, Australia y Suecia, poderosos movimientos obreros hallaron su expresión con el ascenso de los Partidos Laboristas, que permanecían bajo el control del movimiento, pero podían actuar como sustitutos y complementos de éste en caso necesario. En los Estados Unidos no sucedió nada parecido. A lo sumo un partido ya existente se convirtió en la principal representación política del movimiento obrero organizado. El movimiento avanzó o se fue a pique en la medida en que sus posibilidades de automovilización y autoorganización prosperaban o fracasaban.

Nuevas estructuras de acumulación

Estas posibilidades eran la consecuencia no deseada de las transformaciones estructurales sufridas por el capital estadounidense a lo largo del medio siglo precedente. También a este respecto, la Gran Depresión de 1873-1896 supuso un punto de inflexión decisivo. Fue en ese período cuando el capital estadounidense llegó a crear estructuras de acumulación integradas verticalmente y gestionadas burocráticamente, que correspondían al pleno desarrollo de la marxiana «producción de plusvalía relativa»¹³.

Como nos demuestra concienzudamente Harry Braverman, la creación de esas estructuras de acumulación iba ligada a una recomposición de la fábrica en la cual, a medida que los procesos de trabajo se hacían más complejos, la capacitación exigida a cada participante se redujo y su aprendizaje se hizo menos difícil (la llamada «descualificación»). Esta reconfiguración de la división técnica del trabajo socavó el poder social de una clase comparativamente pequeña de trabajadores asalariados (principalmente artesanos) que controlaba las aptitudes necesarias para ejecutar las tareas complejas. Sin embargo, la disminución del poder social de los artesanos era sólo una cara de la moneda. La otra cara era el mayor poder social que correspondía a una clase comparativamente mucho más grande de operarios asalariados que pasaron a ejecutar las tareas más sencillas («semicualificados»).

La «descualificación» fue de hecho un arma de doble filo que facilitó la valorización del capital en un sentido sólo para hacerla más problemática en otro. Facilitó la valorización del capital porque éste pasó a depender menos del conocimiento y la capacitación de los artesanos. Pero esto iba unido a una expansión considerable de las jerarquías de dirección (las «tecnoestructuras» de Galbraith) cuya valorización dependía de la velocidad de los procesos de producción y, por tanto, de la disposición de una gran masa de operarios a cooperar entre sí y con la dirección para mantener a la velocidad ade-

¹³ Cfr. Alfred D. Chandler, Jr., *The Visible Hand; The Managerial Revolution in American Business*, Cambridge, Mass., 1977, y Michel Aglietta, *A Theory of Capitalist Regulation*, NLB, Londres, 1979. [Existe edición en castellano: Alfred D. Chandler, Jr., *La mano visible. La revolución en la dirección de la empresa americana*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1988; Michel Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, Siglo XXI, Madrid, 1976.]

cuada de los flujos de producción. Esta mayor importancia del esfuerzo productivo de una gran masa de operarios para la valorización de tecnoestructuras complejas y costosas proporcionó unos nuevos y más sólidos cimientos al poder social del trabajo.

Estos nuevos y más sólidos cimientos se pusieron de manifiesto por primera vez durante la prolongada ola de luchas y de conflictividad obrera que se extendió por los Estados Unidos entre mediados de la década de 1930 y finales de la década de 1940. Esta ola de huelgas empezó como una respuesta espontánea de la masa del proletariado industrial a los intentos capitalistas de descargar sobre los trabajadores el peso de la Gran Depresión de principios de la década de 1930¹⁴. La principal y en realidad la única organización preexistente de cierta importancia (la AFL/*American Federation of Labour*) no hizo nada para iniciar la ola de huelgas. Sólo pasó a tener un papel activo en la organización y la dirección del movimiento cuando éste demostró su capacidad de valerse por sí mismo y generar estructuras organizativas alternativas, que se convirtieron en el CIO (*Council for Industrial Organization*).

Las luchas cosecharon sus mayores éxitos en el período de movilización bélica que, como afirmábamos anteriormente, tendió a acrecentar el poder social del trabajo. A pesar del *maccarthismo*, la mayoría de las ventajas del período de guerra se consolidaron a continuación en el período de desmovilización, y durante una década o dos el proletariado industrial de los Estados Unidos disfrutó de un bienestar económico y una influencia política incomparables y sin precedentes. Pero el poder social del trabajo en los Estados Unidos también fue contenido. Las formas más eficaces de lucha fueron deslegitimadas, el conflicto se regularizó y el ritmo de expansión en el extranjero del capitalismo de las corporaciones experimentó una súbita aceleración.

La predisposición del capitalismo de las corporaciones estadounidense a extender transnacionalmente sus operaciones era muy anterior a la ola de huelgas de las décadas de 1930 y 1940. Se hallaba incorporada a los procesos de integración vertical y burocratización de las tareas de dirección que comenzaron a dar sus primeros pasos a finales del siglo XIX y constituyeron su forma esencial de expansión. Sin embargo, durante las décadas de 1930 y 1940 la escalada en las luchas de poder interestatales dificultaron seriamente la inversión directa estadounidense en Europa y en sus colonias, precisamente en un momento en el que el creciente poder social del movimiento obrero en el propio país estaba haciendo rentable y urgente la expansión en el exterior. Así pues, no debería sorprendernos que, tan pronto como Washington hubo creado condiciones altamente favorables para la expansión de las corporaciones en

¹⁴ Puede encontrarse un relato más exhaustivo del contenido de esta sección en Giovanni Arrighi y Beverly Silver, «Labor Movements and Capital Migration: The United States and Western Europe in World Historical Perspective», en C. Bergquist, ed., *Labor in the Capitalist World-Economy*, Beverly Hills, 1984.

Europa occidental (principalmente a través del Plan Marshall), el capital estadounidense aprovechara la oportunidad y se pusiera manos a la obra para rehacer Europa a su imagen y semejanza.

El capitalismo corporativo estadounidense no era el único actor involucrado en esa reconstrucción de Europa. Los gobiernos y las empresas europeas se sumaron con entusiasmo a la iniciativa, en parte para estar a la altura de los nuevos patrones de poder y riqueza establecidos por los Estados Unidos y en parte para hacer frente a la competencia que había introducido en su seno la invasión de las corporaciones estadounidenses. El resultado fue una expansión sin precedentes de los equipamientos productivos que incorporaba las nuevas estructuras de acumulación inauguradas en los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo xx. Con las nuevas estructuras de acumulación llegó también un aumento masivo del poder social del movimiento obrero europeo, sellado a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 por una ola de huelgas que presentaba importantes analogías con la de los Estados Unidos durante las décadas de 1930 y 1940. En primer lugar, esta ola se basó también en gran medida en la capacidad de automovilización y autoorganización de la masa del proletariado industrial. Las organizaciones obreras preexistentes, con independencia de su orientación ideológica, no jugaron ningún papel en la preparación de las luchas y sólo se involucraron en la dirección y la organización de la militancia cuando ésta demostró su capacidad de valerse por sí misma y de generar estructuras organizativas alternativas. A menudo, los nuevos movimientos y las organizaciones obreras entraron en conflicto mutuo cuando estas últimas intentaron imponer a aquéllos sus propios objetivos políticos, a lo que los movimientos respondieron luchando por la conservación de su autonomía respecto a objetivos que trascendieran su condición proletaria.

En segundo lugar, los cimientos de la automovilización y autoorganización del proletariado industrial eran completamente internos a la condición proletaria. La automovilización era una respuesta espontánea y colectiva a los intentos capitalistas de descargar la intensificación de las presiones competitivas de la economía-mundo sobre los trabajadores mediante el recorte de las rentas del trabajo (ante todo exigiendo mayores sacrificios). Y la autoorganización consistía en la utilización de la organización técnica del proceso de trabajo con el fin de coordinar acciones insurreccionales dispersas.

En tercer lugar, el movimiento cosechó grandes éxitos, no sólo en la consecución de sus objetivos inmediatos, sino a la hora de inducir a las clases dominantes a adaptarse al poder demostrado por el movimiento obrero en las luchas. Entre 1968 y 1973, las rentas del trabajo se dispararon en toda Europa occidental llegando a aproximarse a los niveles estadounidenses. Al mismo tiempo, un poco después, las restricciones formales o sustanciales de los derechos civiles y políticos del proletariado industrial que seguían en vigor en muchos países de Europa occidental comenzaron a desmoronarse.

La expansión transnacional

Finalmente, la satisfacción de las exigencias derivadas del poder social del movimiento obrero se ralentizó y luego se detuvo por la reorientación de la expansión de los procesos de producción hacia emplazamientos más periféricos. Hasta 1968, la expansión transnacional de los procesos de producción, medida, por ejemplo, en términos de inversión exterior directa, era ante todo un fenómeno con base en los Estados Unidos, mientras que sus equivalentes radicados en Europa eran un residuo de tempranas maniobras y experiencias de tipo colonial. Las empresas capitalistas surgidas en pequeños países ricos, como Suecia y Suiza, también se comprometieron en este tipo de expansión, pero las empresas de los países del centro más grandes y dinámicos, como Alemania y Japón, destacaban por su ausencia en la construcción de redes transnacionales de producción y distribución.

En ese momento, entre 1968 y 1973, se produjo una súbita aceleración de las inversiones exteriores directas en la que países anteriormente rezagados, Japón en particular, jugaron un papel preponderante. En 1988, el control sobre redes de producción y distribución transnacionales se había convertido en un rasgo común al capital de todas las nacionalidades de las economías capitalistas, con el capital japonés a punto de superar al estadounidense en extensión y envergadura. El protagonismo japonés en la súbita aceleración de las inversiones exteriores directas durante las décadas de 1970 y 1980 no fue sólo una cuestión de tasas de crecimiento excepcionalmente altas. Acompañando y, a decir verdad, en la base de esas tasas de crecimiento se encontraba una anticipación y una puntual adaptación a las tendencias perceptibles en las relaciones entre trabajo y capital existentes en el ámbito de la economía-mundo. Tan pronto como empezaron a incrementarse la actividad huelguística y los costes laborales domésticos, el capital japonés reubicó en el exterior los procesos de producción que más dependían de una amplia oferta de trabajo barato. Es más, al menos en sus primeras fases la expansión transnacional japonesa, a diferencia de la del capital estadounidense, se orientó principalmente hacia la reducción de costes más que al aumento de los ingresos¹⁵.

El protagonismo japonés en la expansión transnacional del capital durante las décadas de 1970 y 1980 se basó en una anticipación de las dificultades para la acumulación de capital creadas por la generalización de las estructuras del capitalismo corporativo en toda la zona central de la economía-mundo. Mientras el capitalismo corporativo fue casi exclusivamente un fenómeno estadounidense, las corporaciones pudieron tomarse su tiempo antes de elegir entre un amplio abanico de ubicaciones en las que procurar la valorización de sus jerarquías de dirección. Esta ausencia de competencia fue la principal razón de que el capital corporativo estadounidense pudiera, durante la década de 1950 y buena parte de la década de 1960,

¹⁵ Cfr. Terutomo Ozawa, *Multinationalism, Japanese Style: The Political Economy of Outward Dependency*, Princeton, N.J., 1979.

umentar su base productiva en el exterior y en el propio país, al mismo tiempo que daba cabida al poder social del movimiento obrero que acompañaba a esa expansión y aumentaba la masa de beneficios bajo su control. A finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, las jerarquías de dirección del capital estadounidense, enormemente dilatadas, ya no eran las únicas que andaban en busca de valorización fuera de sus dominios de origen. Las empresas capitalistas europeo-occidentales y japonesas habían desarrollado los mismos tipos de aptitudes e inclinaciones, mientras que el número de ubicaciones que ofrecían oportunidades comparables de expansión rentable habían disminuido. Europa occidental, que había sido una primera ubicación para la valorización del capital estadounidense en el exterior, buscaba a su vez una salida rentable para sus propias tecnoestructuras hipertróficas. Las oportunidades de inversión exterior directa en el resto del mundo se vieron fuertemente comprometidas, bien por los controles estatales centralizados sobre la producción y la distribución (como en todos los países comunistas) o bien por la miseria de masas (como en la mayoría de los países del Tercer Mundo), o bien por una combinación de ambas.

La carrera por la reducción de costes de las décadas de 1970 y 1980 hundía sus raíces en esta situación de congestionamiento —es decir, una situación en la cual demasiadas estructuras corporativas «perseguían» un número demasiado reducido de ubicaciones que ofrecían oportunidades rentables de expansión—. En la década de 1970, los intentos efectuados por los Estados y las corporaciones para sostener la expansión de los equipamientos productivos y satisfacer el creciente poder social del movimiento obrero que acompañó a esa expansión sencillamente terminaron acentuando las presiones inflacionistas. A su vez, esas presiones intensificaron la rentabilidad de las reducciones de costes y el atractivo de las actividades especulativas que, en la década de 1980, han absorbido un volumen cada vez mayor de recursos monetarios y de energías empresariales.

Así pues, la especulación financiera y las prácticas de reducción de costes son el reflejo de la progresiva incapacidad del capital corporativo de ajustarse al creciente poder social del movimiento obrero que acompaña a la propia expansión de aquél. Su principal impacto ha sido una limitada y, no obstante, innegable proliferación de la miseria de masas en la zona central de la economía-mundo capitalista. El fenómeno ha cobrado formas diferentes: caída de los salarios reales (principalmente en los Estados Unidos), ascenso del paro (principalmente en Europa occidental) y una creciente dependencia de las rentas de los trabajadores de un fuerte incremento de su productividad en casi todos los países del centro.

Este aumento de la miseria de masas no ha ido asociado a un descenso proporcional del poder social del trabajo. La especulación financiera refleja la emergencia de una incompatibilidad entre la expansión del capital corporativo y el creciente poder social del trabajo. No puede frenar a éste sin frenar a su vez la expansión del primero. Su principal efecto ha sido arruinar el consenso social so-

bre el cual ha venido descansando el dominio del capital desde la Segunda Guerra Mundial.

Reducción de costes

En lo que respecta a las prácticas de reducción de costes, han asumido tres formas: a) una substitución de las fuentes más caras de trabajo asalariado por otras más baratas *dentro* de cada uno de los Estados del centro, uno de cuyos aspectos más importantes ha sido la feminización de la fuerza de trabajo asalariada, mientras que la utilización de trabajadores inmigrantes de primera generación, a menudo ilegales, constituye su aspecto secundario; b) una substitución de las fuentes más caras de trabajo asalariado por otras más baratas *atravesando* las fronteras de los Estados, sobre todo entre las regiones del centro y otras más periféricas; a este respecto, algunos de sus aspectos más importantes han sido la deslocalización de instalaciones industriales y la substitución de la producción doméstica por importaciones; y c) una substitución de la fuerza de trabajo proletaria en los procesos de producción por fuerza de trabajo intelectual y científica, uno de cuyos aspectos más importantes ha sido la automatización y la aplicación tecnológica de la ciencia.

Los primeros dos tipos de substituciones han sido, con mucho, los más importantes a la hora de propagar la miseria de masas entre el proletariado de los países del centro de la economía-mundo capitalista. Sin embargo, ninguna de ambas acarrea una reducción del poder social del conjunto del proletariado mundial. Lo que acarrea es un traspaso de poder social de un segmento a otro del mismo. La substitución dentro de los Estados del centro traspasa el poder social de los hombres a las mujeres y de los miembros nativos a los miembros inmigrantes del proletariado industrial; y la substitución a través de las fronteras de los Estados traspasa el poder social del proletariado de un Estado al de otro. En ambos casos, el poder social pasa de una mano a otra, pero éstas siguen siendo las del proletariado industrial.

En cambio, la automatización y la aplicación tecnológica de la ciencia acarrea una reducción del poder social del proletariado en su constitución actual. Mediante el traspaso del control sobre la calidad y la cantidad de la producción de los trabajadores asalariados subalternos a los gerentes, intelectuales y científicos, este tipo de substitución traspasa el poder social de los trabajadores sustancialmente proletarizados a trabajadores que, en el mejor de los casos, están proletarizados en el sentido formal de que perciben un sueldo o un salario por su trabajo. Sin embargo, cuanto más se refuerza esta tendencia y aumenta el tamaño de la fuerza de trabajo administrativa y científica en el conjunto de la economía de los procesos de producción, más se refuerza a su vez la tendencia del capital a someter a sus dictados a esta fuerza de trabajo, con lo cual su proletarianización se va haciendo más sustancial de cuanto lo ha sido hasta ahora. Así pues, en este caso se da un traspaso de poder social que escapa de las manos del proletariado industrial, pero sólo como premisa de un aumento futuro de su tamaño y su poder.

De ahí que el deterioro de las condiciones de vida del proletariado en los países del centro no haya supuesto tanto una pérdida como una redistribución del poder social dentro de sus filas presentes y futuras. El poder social y la miseria de masas ya no están tan polarizados en diferentes segmentos del proletariado mundial como lo estaban a mediados del siglo xx. La miseria de masas ha empezado a propagarse entre el proletariado del centro, mientras que el poder social ha empezado a fluir lentamente hacia el proletariado de la periferia y de la semiperiferia de la economía-mundo capitalista. Resumiendo, nos acercamos al escenario previsto por Marx y Engels en el *Manifiesto* –un escenario en el cual el poder social y la miseria social del trabajo afectan al mismo material humano antes que a segmentos diferentes y separados del proletariado mundial.

No cabe duda de que el poder social y la privación material siguen estando repartidas de forma extremadamente desigual entre los diversos segmentos del proletariado mundial. Por cuanto podemos prever, esa desigualdad seguirá existiendo durante bastante tiempo. Sin embargo, ha empezado a invertirse la tendencia de la primera mitad del siglo xx a la polarización espacial del poder social y de la miseria de masas de los trabajadores en regiones diferentes y separadas de la economía-mundo. Entre 1948 y 1968, el poder social del que anteriormente disfrutaba casi en exclusiva el proletariado industrial del mundo anglosajón se propagó al proletariado industrial de toda la zona central, llegando a incluir a la mayor parte de Europa occidental y Japón, mientras que la miseria de masas continuó siendo la experiencia predominante de las masas proletarizadas y semiproletarizadas del Tercer Mundo. Sin embargo, hacia 1968 esta proletarización pasó a ser contraproducente para la expansión ulterior del capital de las corporaciones. En las regiones del centro, el poder social ampliado de los trabajadores empezó a poner en serias dificultades el mando del capital sobre los procesos de producción. En las regiones de la periferia, la miseria de masas ampliada de los trabajadores minó la legitimidad del dominio del capital, empobreció los mercados y dificultó la movilización productiva de grandes segmentos del proletariado.

El capital corporativo, para hacer frente a estos obstáculos opuestos que se refuerzan recíprocamente e impiden su expansión ulterior, intenta desde entonces superar sus dificultades haciendo uso de la miseria de masas del proletariado de la semiperiferia y la periferia como argumento de fuerza contra el poder social de los trabajadores en los países del centro. Estos intentos han visto facilitada su tarea gracias a la reconstrucción en curso del mercado mundial que, a partir de 1968, ha venido independizándose progresivamente de los intereses y el poder particulares de los Estados Unidos. Entre otras cosas, esto refleja la organización transnacional cada vez más amplia y profunda de los procesos de producción y distribución mediante la cual el capital corporativo, con independencia de su nacionalidad, intenta sortear, contener y minar el poder social de los trabajadores en el centro de la economía-mundo capitalista.

Recomposición del proletariado

El resultado ha sido una importante recomposición del material humano que constituye los ejércitos industriales activos y de reserva. En comparación con hace veinte años, una proporción mucho mayor del ejército industrial activo se sitúa ahora en la periferia y la semiperiferia de la economía-mundo, mientras que el ejército activo del centro cuenta con un gran número de tropas femeninas e inmigrantes en sus puestos más bajos y de intelectuales y científicos proletarizados en los más altos. Esta recomposición ha supuesto una presión considerable sobre los trabajadores varones nativos del centro empleados en los puestos bajos y medios del ejército activo para que acepten niveles más bajos de remuneración laboral o de lo contrario sean expulsados del ejército activo.

La resistencia contra este deterioro de las condiciones de vida en el centro ha sido bastante débil, ante todo porque los segmentos del proletariado industrial que lo han sufrido más directamente se han visto afectados a su vez por una pérdida de poder social, mientras que los segmentos que han venido ganando poder social no han sufrido aún un deterioro considerable de sus condiciones de vida. En el caso de las mujeres y los inmigrantes que han venido a ocupar los puestos más bajos del proletariado industrial, dos circunstancias han amortiguado el impacto del deterioro. Por un lado, los niveles de remuneración laboral en sus anteriores actividades eran en muchos casos más bajos aún que los niveles conseguidos en los puestos más bajos del ejército industrial activo para el que han sido reclutados. Por otro lado, a menudo siguen considerando sus remuneraciones como un complemento de otras fuentes de ingresos y sus esfuerzos como un añadido provisional a sus cargas de trabajo habituales. De esa forma las bajas remuneraciones laborales se soportan con mayor paciencia que si, pongamos por caso, consideraran sus remuneraciones como su única o su principal fuente de ingresos y sus esfuerzos como un añadido permanente a sus cargas de trabajo.

Ambas circunstancias son intrínsecamente transitorias. Con el tiempo, las normas de remuneración laboral se forman más en función de las condiciones actuales que de las antiguas. Además, cuanto más se extiende el empleo del trabajo femenino e inmigrante en los puestos más bajos del ejército industrial activo, tanto más las bajas remuneraciones pasan a ser la principal fuente de ingresos y el continuo esfuerzo se convierte en una condición vital permanente. A medida que esto sucede, la aquiescencia deja paso a la rebelión abierta, en la que el poder social de las mujeres y los inmigrantes se revuelve contra el progreso creciente de la miseria de masas en el centro de la economía-mundo. Aun en las décadas de 1970 y 1980, las mujeres y los inmigrantes de los Estados del centro han demostrado una sólida inclinación a la revuelta y a la utilización de su poder social; pero todavía no hemos asistido a una poderosa ola de conflictividad industrial centrada en sus reivindicaciones específicas. En la hipótesis de que se produjera, este tipo de ola interaccionaría

positiva y negativamente con los movimientos de protesta surgidos de los puestos superiores del ejército industrial activo.

Estos puestos superiores están siendo ocupados progresivamente por intelectuales y científicos que están asumiendo un abanico de tareas cada vez más amplio. Por el momento, son los principales beneficiarios de la actual carrera por la reducción de costes que incrementa la demanda de su fuerza de trabajo y les permite el acceso a artículos de lujo a precios comparativamente baratos. Pero cuanto más aumente su peso en la estructura de costes del capital, tanto más terminarán siendo el blanco primordial de la carrera por la reducción de costes. En ese momento, cabe esperar que estos estratos superiores del ejército industrial activo movilicen su poder social en movimientos de protesta que impidan que la miseria de masas se extienda entre sus propias filas.

Son éstos los movimientos del futuro en el centro de la economía-mundo capitalista. Pero en la semiperiferia el futuro ya ha comenzado. La década de 1980 fue testigo de grandes explosiones de conflictividad obrera en países tan distantes como Polonia, Sudáfrica y Corea del Sur, por no citar sino los casos más notables. A pesar de sus diferencias radicales en cuanto a regímenes políticos y estructuras sociales, esas explosiones presentan importantes rasgos comunes, algunos de los cuales se parecen a los que previamente atribuíamos a las olas de lucha de clases de las décadas de 1930 y 1940 en los Estados Unidos y de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 en Europa occidental. En todos los casos, el conflicto industrial se ha basado en gran medida en los recursos de automovilización y autoorganización de la masa del proletariado industrial. Los fundamentos de esos recursos han sido completamente intrínsecos a la condición proletaria y han consistido en un desequilibrio fundamental entre el nuevo poder social y la vieja miseria de masas del proletariado industrial.

A este respecto, las semejanzas son impresionantes. No obstante, las diferencias entre esta última ola y las anteriores son tan notables como las similitudes. Estos movimientos han sido tan difíciles de reprimir como los anteriores; pero han sido mucho más difíciles de satisfacer. La razón no reside en las reivindicaciones mismas, sino en los limitados recursos del Estado y el capital en la semiperiferia para adaptarse siquiera a las reivindicaciones más elementales. El resultado bien podría ser una situación de conflicto social endémico como la prevista por Marx y Engels en el *Manifiesto*.

IV. La crisis del marxismo desde una perspectiva histórico-mundial

El argumento según el cual las previsiones del *Manifiesto* relativas al movimiento obrero mundial podrían resultar más pertinentes para los próximos 50-60 años de cuanto lo han sido para los últimos 90-100 años podría verse desmentido por la actual crisis de las organizaciones del movimiento obrero organizado y de las organizaciones

marxistas. Es innegable que en los últimos 15-20 años los sindicatos y partidos obreros y los Estados encabezados por gobiernos socialistas, sobre todo de la variante comunista, se han visto apremiados en su totalidad a reestructurarse y cambiar de orientación o, de lo contrario, arrostrar su propio ocaso. No obstante, esa situación apremiante no es en absoluto incompatible con el argumento desarrollado aquí. Por el contrario, supone una confirmación ulterior de su validez.

Como todas las demás organizaciones sociales, las organizaciones proletarias (marxistas o no) persiguen estrategias y tienen estructuras que reflejan las circunstancias históricas en las que surgieron, y la mayoría sigue conservando el mismo tipo de estrategia y de estructura mucho después de que las circunstancias que las vieron nacer hayan dejado de existir. Las ideologías y organizaciones proletarias que hoy se ven apremiadas a cambiar o arrostrar su ocaso reflejan en su conjunto las circunstancias históricas típicas de la primera mitad del siglo xx, un período en el que la economía-mundo capitalista se apartó en muchos aspectos del pronóstico pergeñado en el *Manifiesto*. En la medida en que la economía-mundo capitalista comience de nuevo a coincidir fielmente con ese pronóstico, cabría esperar que todas las organizaciones cuyas estrategias y estructuras reflejan las circunstancias históricas de una época anterior se vean seriamente impugnadas y tengan que arrostrar la perspectiva del ocaso. Puede que algunas logren evitarlo, e incluso florecer, mediante un simple cambio de estrategia. Otras pueden conseguir el mismo resultado, pero sólo a través de un proceso de minuciosa autorreestructuración. Y otras, por lo demás, están abocadas a eclipsarse, hagan lo que hagan.

Más en concreto, Marx asumía que el dominio del mercado habría de recomponer constantemente dentro y a través de las diversas ubicaciones de la economía-mundo capitalista el progresivo aumento tanto del poder social como de la miseria de masas de los trabajadores. En realidad, durante mucho tiempo las cosas no sucedieron así. En la primera mitad del siglo xx, la intensificación de las luchas por el poder interestatal dañaron en un primer momento el funcionamiento del mercado mundial, para luego desbaratarlo por completo. El poder social y la miseria de masas de los trabajadores aumentaron más rápido que nunca pero de manera polarizada, de tal forma que el proletariado de algunas regiones experimentaba ante todo un aumento de su poder social, mientras que el proletariado de otras sufría una progresiva miseria de masas. Como pronosticó Marx, esa acentuación de las tendencias al aumento tanto del poder social como de la miseria de masas del trabajo dio un tremendo empujón a la propagación de las luchas, las ideologías y las organizaciones proletarias. Pero la forma polarizada en la que se materializaron ambas tendencias hizo que las luchas, las ideologías y las organizaciones proletarias evolucionaran siguiendo trayectorias que Marx no había previsto ni aconsejado.

El supuesto según el cual ambas tendencias afectarían al mismo material humano atravesando el espacio de la economía-mundo capi-

talista era un ingrediente esencial de la teoría marxiana de la transformación socialista del mundo. Sólo con esa condición serían intrínsecamente revolucionarias las luchas cotidianas del proletariado mundial, en el sentido de que ejercerían sobre los Estados y el capital un poder social que este último no sería capaz de reprimir ni satisfacer. La revolución socialista era el proceso a largo plazo y a gran escala mediante el cual el conjunto de esas luchas impondría a la burguesía un orden basado en el consenso y la cooperación en vez de la coacción y la competencia.

El papel de las vanguardias, en el caso de que las hubiera, en ese proceso habría de ser moral y educativo antes que político. Según el *Manifiesto*, las verdaderas vanguardias revolucionarias («comunistas») no debían formar partidos independientes, opuestos a los demás partidos obreros; no debían tener intereses que los separaran del conjunto del proletariado; y no debían proclamar principios sectarios a los que amoldar al movimiento proletario. Por el contrario, debían limitarse a expresar y representar *dentro* de las luchas proletarias los intereses comunes de todo el proletariado mundial y del movimiento en su conjunto (véase el pasaje citado más arriba). Lo más sorprendente de esta lista que recoge lo que no debían hacer las vanguardias revolucionarias es que es la lista de lo que los marxistas hicieron en realidad cuando se convirtieron en agentes históricos colectivos.

La formación, a finales del siglo XIX, de partidos independientes, en competencia y a menudo opuestos a los demás partidos obreros fue lo primero que hicieron los marxistas. A decir verdad, esta formación de partidos políticos independientes señala el acta misma de nacimiento del marxismo como entidad histórica eficaz e identidad ideológica compartida. Poco después, la controversia revisionista depuró al marxismo de la idea de que el movimiento de las luchas proletarias concretas primaba sobre los principios (socialistas o no) proclamados por las vanguardias revolucionarias. Esa evolución supuso una invitación tácita a proclamar principios especiales como criterio específico del carácter proletario de los movimientos de la clase obrera y, por tanto, como directrices operativas para la remodelación y amoldamiento de los movimientos proletarios reales por parte de las vanguardias, lo cual no tardó en ocurrir. Cuando una versión de este camino dio al marxismo su primera base territorial (el Imperio ruso), la teoría leninista de la primacía de la vanguardia revolucionaria sobre el movimiento pasó a ser el núcleo de la ortodoxia marxista.

Por último, una vez conseguido un dominio territorial, el marxismo como ortodoxia desarrolló sus propios intereses, intereses que no coincidían necesaria y naturalmente con los que cabía atribuir al proletariado mundial. Las luchas fratricidas que siguieron a la toma del poder en el Imperio ruso redefinieron el marxismo en tanto que dominio basado en la coerción (del partido sobre el Estado y de éste sobre la sociedad civil); el objetivo no era tanto la consecución de la liberación proletaria en cuanto tal, sino emular o ponerse a la mis-

ma altura de riqueza y poder que los Estados del centro de la economía-mundo capitalista. Esa estrategia convirtió a la URSS en una superpotencia y contribuyó a provocar una expansión prodigiosa del área territorial dominada por el marxismo. El dominio basado en la coerción unido a la industrialización se convirtieron en el nuevo núcleo de la ortodoxia.

Partido, Estado y clase

A pesar de esta progresiva negación del legado de Marx, el marxismo continuó reclamando la representación de los intereses comunes de la totalidad del proletariado y del movimiento obrero mundiales. Sin embargo, esta declaración fue quedándose progresivamente sin contenido debido a una constante redefinición de los intereses comunes del proletariado mundial para satisfacer los intereses de poder de las organizaciones marxistas (Estados, partidos, sindicatos). Desde el primer momento, los intereses comunes del proletariado mundial fueron redefinidos con el fin de, en primer lugar, excluir los intereses materiales de aquellos segmentos del proletariado mundial (las llamadas «aristocracias obreras») que rechazaban el papel necesario de los partidos marxistas en la búsqueda de la emancipación y, en segundo lugar, para incluir en ellos los intereses de poder de las organizaciones marxistas con independencia de su participación en las luchas proletarias reales. Más tarde, cuando la URSS entró a formar parte de las organizaciones marxistas, los intereses comunes del proletariado fueron redefinidos con el fin de dar prioridad a la consolidación del poder marxista en la URSS y de ésta en el sistema de Estados. Finalmente, a medida que la URSS se convertía en una superpotencia en lucha por la hegemonía mundial contra los Estados Unidos, los intereses comunes del proletariado mundial fueron redefinidos una vez más con el fin de equipararlos a los intereses de la URSS en esa lucha.

Esta trayectoria, en la que se acumulan sucesivas negaciones del legado de Marx por parte de individuos, grupos e organizaciones que, no obstante, continuaron declarando su fidelidad a ese legado no define una «traición» al marxismo, como quiera que entendamos este último. Define al marxismo, por el contrario, por lo que es, una formación histórica que se ajusta al despliegue efectivo del legado marxiano bajo circunstancias imprevistas por ese mismo legado. O, por decirlo con otras palabras, el marxismo fue elaborado por seguidores *bona fide* de Marx, pero en circunstancias históricas que no les vinieron prefiguradas ni habían creado ellos mismos.

La intensificación de la lucha por el poder interestatal y el derrumbe concomitante del dominio del mercado mundial impuso a los seguidores de Marx la necesidad histórica de elegir entre estrategias alternativas que para Marx no lo eran en absoluto. Como sostuvimos en la sección II, la elección en cuestión consistía en desarrollar lazos orgánicos bien con los segmentos del proletariado mundial que padecían más directa y sistemáticamente la tendencia a una creciente miseria de masas, o bien con los segmentos del proletariado mun-

dial que experimentaban la tendencia a un incremento de su poder social. La elección venía impuesta por la creciente división de ambas tendencias en el espacio de la economía-mundo. Marx pensaba, y esperaba, que esa división, ya observable en sus días de forma embrionaria, disminuiría con el tiempo. En cambio, la intensificación de la lucha por el poder interestatal reforzó ambas tendencias y aumentó su división espacial. De ahí la necesidad de elegir, y de elegir a tiempo.

Cuando Bernstein planteó esta cuestión y propuso desarrollar lazos orgánicos con los segmentos más fuertes del proletariado mundial, los marxistas rechazaron casi unánimemente su propuesta, con independencia de sus inclinaciones revolucionarias o reformistas. Las verdaderas razones de ese rechazo, que marcó el rumbo del marxismo durante las décadas venideras, superan el ámbito temático de este ensayo. Sólo hemos de señalar que cabe atribuirles a motivos que en absoluto contradicen la letra y el espíritu del legado marxista.

Los lazos orgánicos con las fracciones más débiles antes que con las más fuertes del proletariado mundial presentaban una ventaja doble para los marxistas. En primer lugar, apelaba a su sentido de la indignación moral ante la miseria de masas del proletariado mundial, que sin lugar a dudas había significado para ellos una de las principales razones para seguir los pasos de Marx. En segundo lugar, apelaba a su amor propio, es decir, al sentimiento de que podían hacer algo personalmente para superar la miseria de masas del proletariado mundial, lo que sin lugar a dudas influía también a la hora de persuadirles a tomar parte en la acción política de la clase obrera.

La opción de Bernstein era perniciosa desde ambos puntos de vista. Si la acumulación del capital proporcionara al proletariado el poder social necesario para eludir la miseria de masas, los marxistas, o al menos la mayoría de ellos, se encontrarían sin motivación o sin funciones: la indignación moral no tenía justificación si la miseria de masas era un fenómeno pasajero, y el amor propio quedaba fuera de lugar si el proletariado disponía de todo el poder necesario para emanciparse a sí mismo. Resulta verosímil la idea de que lo anterior fue una importante razón no declarada por cuyo motivo la «opción» de Bernstein se vio rechazada y el marxismo histórico se constituyó tanto teórica como prácticamente sobre la base de la creciente miseria de masas del trabajo antes que sobre su creciente poder social.

Una doble sustitución

Por los motivos que fueran, se trató de una decisión preñada de consecuencias, no sólo para el marxismo, sino para el proletariado mundial, el movimiento obrero mundial y el sistema capitalista mundial. Impuso a los marxistas una doble sustitución que aumentó enormemente su poder de transformación del mundo, pero también les hizo alejarse cada vez más radicalmente de la letra y del espíritu del legado marxiano. En un primer momento, impuso a los marxistas la necesidad histórica de sustituir a las organizaciones de masas que refle-

jaban los actos espontáneos de revuelta del proletariado y de otros grupos y clases subordinadas por organizaciones de creación propia. Luego, una vez en el poder, impuso a los marxistas la necesidad histórica de sustituir las organizaciones de la burguesía y de otros grupos y clases dominantes a la hora de realizar las tareas desagradables que estos últimos habían sido incapaces o no estaban dispuestos a acometer, por organizaciones dirigidas por ellos mismos.

Ambas sustituciones (la primera vinculada ante todo al nombre de Lenin, y la segunda al de Stalin) se complementaron mutuamente en el sentido de que la primera preparó la segunda y ésta culminó, lo mejor que pudieron sus actores, el trabajo iniciado por la primera. Pero, sean cuales sean sus relaciones mutuas, ambas decisiones hundían sus raíces en la decisión previa de los marxistas de elegir como base social de la teoría revolucionaria y de la acción la creciente miseria de masas antes que el aumento del poder social de los trabajadores. La creciente miseria de masas fue una condición necesaria del éxito de la estrategia leninista de la toma revolucionaria del poder. Pero tan pronto como se tomó el poder, la miseria de masas se convirtió en una grave restricción de las posibilidades que para Lenin y sus sucesores ofrecía el ejercicio del poder.

La incapacidad o la desgana de las clases dominantes anteriores a la hora de proporcionar una protección básica (protección militar, en primer lugar) al proletariado y a otros grupos y clases subordinadas en una situación de intensificación de la violencia interestatal fue el factor primordial de su caída. Así pues, las organizaciones marxistas contaban con que podrían permanecer en el poder con sólo proporcionar al proletariado y a otros grupos y clases subordinadas una protección mayor de la que éstos habían recibido de los anteriores grupos dominantes. En la práctica, esto suponía, o al menos así lo vieron los actores comprometidos en la consolidación del poder marxista, la necesidad de ponerse a la altura o emular a los complejos militares-industriales de las grandes potencias del sistema de Estados.

Así pues, la mitigación de la miseria de las masas quedó supeditada a la consecución de ese objetivo. Dado que el atraso militar-industrial había sido una de las causas principales, si no la principal, de la creciente miseria de masas del proletariado en el Imperio ruso, a aquellos que se comprometieron en la consolidación del poder marxista en la URSS les pareció que lo más sensato era asumir que la mitigación de la miseria de las masas habría de comenzar por la industrialización pesada. Sin embargo, ese supuesto no parecía tan sensato para un gran número de sujetos soviéticos (incluyendo a una enorme variedad de sujetos proletarios) que vieron cómo sus modos de vida eran desbaratados por la aceleración de la industrialización pesada en unas condiciones marcadas por la miseria de masas. Dada esa oposición, el dominio basado en la coerción pasó a ser el complemento necesario de la industrialización pesada.

El éxito cosechado por la URSS a la hora de convertirse en una de las dos superpotencias del sistema interestatal y, al mismo tiempo,

mitigar realmente la miseria crónica de masas de sus sujetos proletarios convirtió el dominio basado en la coerción en el nuevo núcleo de la teoría y la práctica marxistas. Lo que tuvo como consecuencia que el marxismo llegara a identificarse más estrechamente aún con la miseria de masas del proletariado mundial, lo cual a su vez aumentó sus aptitudes hegemónicas en la periferia y la semiperiferia de la economía-mundo. Pero, por esa misma razón, perdió casi todo, si no todo, su atractivo para aquellos segmentos del proletariado mundial cuya experiencia predominante no era la creciente miseria de masas, sino el creciente poder social.

El rechazo del marxismo por parte del proletariado de los países del centro y la supresión de las luchas proletarias reales en la teoría y la práctica del marxismo histórico fueron de la mano. Cuanto mayor vino a ser la identificación del marxismo histórico con la creciente miseria de masas y con las luchas sangrientas a través de las cuales las organizaciones marxistas intentaban superar la impotencia que acompañaba a esa miseria, más extraño, mejor dicho, más repugnante apareció a los ojos de los proletarios de los países del centro. Y, a la inversa, cuanto mayor fue el éxito de las organizaciones proletarias basadas en el creciente poder social del trabajo en los países del centro a la hora de conseguir una participación en el poder y la riqueza de sus respectivos Estados, tanto más llegaron a ser percibidas y presentadas por los marxistas como miembros subordinados y corruptos del bloque social dominante que gobernaba el mundo.

Este antagonismo mutuo supuso una evolución histórica no querida o, inclusive, no anticipada por nadie. Sin embargo, una vez consolidado, proporcionó a la burguesía mundial una estimable arma ideológica en la lucha por la reconstitución de un dominio que se tambaleaba. Como hemos podido observar, la hegemonía de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial descansaba en buena medida en el supuesto de que la experiencia del proletariado estadounidense podía repetirse a escala mundial. Bastaba con permitir la expansión sin trabas del capitalismo corporativo, se afirmaba, para que el proletariado de todo el mundo disfrutará del suficiente poder social como para extirpar la miseria de masas de sus filas.

El movimiento obrero estadounidense y el movimiento obrero mundial

Como bien sabemos ahora, esta pretensión (como todas las pretensiones hegemónicas) tenía tanta parte de verdad como de trampa. Tal y como se había prometido, la expansión global del capitalismo corporativo, que aseguraba y al mismo tiempo se derivaba de la instauración de la hegemonía estadounidense, propagó de hecho el poder social del trabajo a todo el centro, la mayor parte de la semiperiferia y algunas zonas de la periferia de la economía-mundo. Y, tal y como se había prometido, el segmento del proletariado mundial con el suficiente poder social en sus manos como para conjurar la miseria de masas se ha expandido, si no en términos relativos, sí sin duda en términos absolutos.

Pero la pretensión de que el movimiento obrero mundial podía reconstruirse a imagen y semejanza de los Estados Unidos también ha resultado ser semifraudulenta. El aumento del poder social del trabajo no ha acarreado una reducción proporcional de la miseria de masas del trabajo, como sucedió en los Estados Unidos. Cuanto mayor ha sido la expansión del capitalismo corporativo, menos capaz se ha vuelto éste de satisfacer las exigencias derivadas de todo el poder social que su propia expansión ponía en manos de los trabajadores. Como consecuencia, la expansión se ha ralentizado y la carrera por la reducción de costes de las décadas de 1970 y 1980 ha quedado afianzada.

El desenmarañamiento de los aspectos fraudulentos de la hegemonía estadounidense ha sido un factor esencial de la precipitación de su crisis a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970. Sin embargo, ni el movimiento obrero organizado ni las organizaciones marxistas han sido capaces de aprovechar la nueva situación. Por el contrario, ambos se han visto afectados por una crisis tan estructural como la de la hegemonía de los Estados Unidos.

La anterior fuerza del movimiento obrero organizado en los países del centro de la economía-mundo capitalista arraigaba en una situación en la que un segmento específico del proletariado disponía de un poder social considerable, al mismo tiempo que los Estados y el capital tenían la capacidad de satisfacer ese poder. El movimiento obrero organizado, tal y como estaba constituido en aquel momento, se desarrollaba y expandía proporcionando paz social a los Estados y al capital y mayores remuneraciones laborales a sus grupos de referencia proletarios. Sin embargo, la carrera por la reducción de costes en curso ha hecho a los Estados y al capital más reticentes o menos capaces de garantizar a los trabajadores mayores remuneraciones laborales y ha traspasado el poder social a manos de segmentos proletarios (mujeres, inmigrantes, trabajadores extranjeros, etcétera) con los cuales las organizaciones obreras existentes tienen lazos orgánicos débiles o nulos. Así pues, el movimiento obrero organizado ha perdido su función social anterior o su base social previa, o bien ambas cosas.

En cambio, la fuerza de las organizaciones marxistas arraigaba en una situación en la que sus grupos de referencia proletarios apenas tenían poder social y en la que los Estados y el capital eran incapaces de proporcionar a esos grupos de referencia un mínimo de protección. Las organizaciones marxistas, tal y como estaban constituidas en aquel momento, crecieron sobre la base de su capacidad de proporcionar a esos grupos de referencia proletarios una protección mayor de la que las clases dominantes anteriores habían podido o habían estado dispuestas a proporcionar. Sin embargo, la estrategia de no rezagarse y de ponerse a la altura de los complejos militar-industriales más poderosos del sistema interestatal, a través de los cuales las organizaciones marxistas consolidaron y expandieron su poder, se encontraba viciada por una contradicción fundamental.

Por una parte, esta estrategia exigía que, consciente o inconscientemente, las organizaciones marxistas pusieran en manos de sus gru-

pos de referencia proletarios un poder social comparable al que disfrutaba el proletariado del centro. Con el tiempo, este creciente poder social estaba abocado a interferir con la capacidad de las organizaciones marxistas de perseguir sus propios intereses a expensas de sus grupos de referencia proletarios. Cuanto más esperaran para adaptar sus estrategias y su estructura al creciente poder social de sus grupos de referencia proletarios, más profunda habría de ser la posterior adaptación.

La reconstrucción del dominio del mercado mundial bajo la hegemonía de los Estados Unidos ha agravado esta contradicción en más de un sentido. Las relaciones interestatales llegaron a un punto de pacificación y la guerra como medio de expansión territorial quedó deslegitimada. Esta transformación socavó la capacidad de las organizaciones marxistas a la hora de conseguir la aceptación por parte de sus grupos de referencia proletarios de una estrategia de industrialización forzosa. En la situación de preparación generalizada para la guerra o de guerra efectiva vigente durante las décadas de 1930 y 1940, esta estrategia probablemente reflejaba un interés proletario genuino y profundamente sentido. Pero con la instauración de la hegemonía estadounidense, pasó a ser cada vez más un reflejo de los intereses egoístas de las organizaciones marxistas y de sus clientelas políticas. Al mismo tiempo, la creciente división del trabajo en el resto de la economía-mundo, unida a la reconstrucción del dominio del mercado, realzó la desventaja comparativa de la industrialización forzosa en la carrera de emulación de los niveles de poder y bienestar establecidos por los Estados capitalistas del centro. Como consecuencia, los Estados marxistas se volvieron cada vez más incapaces de emular esos niveles o de adaptarse al poder social creciente de sus sujetos proletarios, o bien de lograr ambas cosas.

La configuración de la crisis

Así pues, la crisis del movimiento obrero organizado y de las organizaciones marxistas son dos caras de la misma moneda. La crisis del movimiento obrero organizado se debe principalmente a su incapacidad estructural a la hora de impedir la propagación de la miseria de masas al proletariado del centro, mientras que la crisis de las organizaciones marxistas se debe principalmente a su incapacidad estructural a la hora de impedir la propagación del poder social a sus grupos de referencia proletarios reales o potenciales. Pero se trata de la misma crisis, porque cada uno de estos tipos de organización proletaria carece de las herramientas adecuadas para hacer frente a una situación en la que los trabajadores tienen un poder social mayor que el que las instituciones económicas y políticas existentes son capaces de satisfacer.

En estas circunstancias, la vieja oposición entre el «movimiento» y los «fines» que fundamentó el desarrollo dual del movimiento obrero mundial a lo largo del siglo xx, ya no tiene ningún sentido para los protagonistas de las luchas. Tal y como había teorizado Marx, el simple ejercicio del poder social que se ha acumulado o que se está acu-

mulando en las manos de los trabajadores constituye en y por sí mismo un acto revolucionario. Un número creciente de luchas proletarias ha demostrado desde 1968 la incipiente recomposición del «movimiento» y de los «fines».

La recomposición fue presagiada y defendida explícitamente con el eslogan *«praticare l'obbiettivo»* («practicar el objetivo») acuñado por los trabajadores italianos en el momento más álgido de las luchas de finales de la década de 1960. Bajo este eslogan, se llevaron a cabo diversas prácticas de acción directa. Aunque la práctica de la acción directa no era nada nuevo, sus efectos socialmente revolucionarios sí que lo eran. El poder social desplegado en y a través de estas luchas impuso una reestructuración fundamental de las instituciones políticas y económicas, incluyendo a las organizaciones marxistas y no marxistas de la clase trabajadora, con el fin de dar cabida al impulso democrático e igualitario del movimiento¹⁶.

España durante la década de 1970 y Sudáfrica y Polonia durante la década de 1980, nos ofrecen una evidencia aún más convincente de una recomposición incipiente del «movimiento» y de los «fines». En España, un movimiento de luchas proletarias persistente y prolongado en el tiempo, al que la dictadura de Franco no pudo ni reprimir ni satisfacer, fue el factor determinante de la caída de esa dictadura y del posterior ascenso de la socialdemocracia. Podemos identificar el mismo modelo, aunque de forma menos nítida, en las crisis más recientes de las dictaduras de Brasil, Argentina y Corea del Sur. También podemos reconocerlo en las luchas del proletariado que continúan desarrollándose en Sudáfrica y en Polonia. En estos dos casos, sin embargo, el movimiento obrero presenta especificidades que aumentan su trascendencia.

La particular importancia del movimiento obrero en Polonia reside en su carácter emblemático con respecto a las contradicciones y la crisis actual del marxismo histórico como ideología y organización del proletariado. El movimiento se basa principal, aunque no exclusivamente, en el poder social que la estrategia de la industrialización forzosa perseguida por las organizaciones marxistas ha puesto en manos de los trabajadores. El despliegue de este poder social en busca de sustento y de derechos civiles básicos resulta tan intrínsecamente subversivo frente a las relaciones políticas y económicas existentes en Polonia como es o lo ha sido en los países mencionados anteriormente. No es necesario, ni es posible de hecho, establecer ninguna distinción entre el objetivo de la revolución social y el despliegue efectivo del movimiento, como ponen de manifiesto, entre otras cosas, el tipo de liderazgo y de organización que ha generado éste.

Lo irónico de la situación es que, en la lucha contra una organización marxista, *Solidarnosc*, consciente o inconscientemente, ha se-

¹⁶ Cfr. Ida Regalia, Marino Regini, Emilio Reyneri, «Labour Conflicts and Industrial Relations in Italy», en C. Crouch y A. Pizzorno, eds., *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe since 1968*, vol. 1, Nueva York, 1978.

guido las prescripciones de Marx para las vanguardias revolucionarias más fielmente de lo que ninguna organización marxista lo ha hecho nunca. Se ha restringido a la hora de: 1) formar un partido político independiente opuesto a los demás partidos existentes de la clase trabajadora; 2) desarrollar intereses propios separados de los del proletariado mundial; y 3) establecer principios sectarios a los que amoldar el movimiento proletario. Además, su función, tal y como recomendaba Marx, ha tenido un carácter más moral que político, aunque sus implicaciones políticas han sido verdaderamente revolucionarias.

No debe sorprendernos el hecho de que una organización marxista sea la contraparte en escena de la más marxiana de las organizaciones proletarias. De hecho, la experiencia de la *Solidarnosc* proporciona un testimonio vivo que confirma las dos tesis principales de este ensayo: la tesis de que las predicciones y prescripciones de Marx se están volviendo cada vez más pertinentes para el presente y el futuro del movimiento obrero mundial; y la tesis de que el marxismo histórico se ha desarrollado en una dirección que resulta en aspectos clave la antítesis de aquella que Marx previó y defendió.

Pero, al poner en primer plano el papel de la religión y de la nacionalidad en la formación de una identidad proletaria específica y a la vez colectiva, la experiencia de *Solidarnosc* va aún más allá. Junto con otras luchas proletarias contemporáneas, en primer lugar la experiencia sudafricana, nos previene contra una excesiva confianza en el esquema marxiano a la hora de explorar el futuro del movimiento obrero. El mismo esquema marxiano continúa siendo enormemente defectuoso en un aspecto primordial, a saber, en la manera de abordar el papel que desempeñan la edad, el sexo, la raza, la nacionalidad, la religión y otras especificidades naturales e históricas en la configuración de la identidad social del proletariado mundial. La reflexión sobre estos temas tan complejos va más allá de los objetivos de este ensayo¹⁷. Pero su importancia para el futuro del movimiento obrero mundial me obliga a mencionarlos como caracterización y conclusión de cuanto hemos dicho hasta el momento.

No cabe duda de que la carrera por la reducción de costes de los últimos 15-20 años ha aportado nuevas y convincentes pruebas que confirman la observación de que *para el capital* todos los miembros del proletariado son instrumentos de trabajo, cuya utilización resulta más o menos costosa en función de su edad, sexo, color, nacionalidad, religión, etcétera. Sin embargo, también ha demostrado que no puede inferirse de esta predisposición del capital, como hace Marx, una predisposición del trabajo a renunciar a las diferencias naturales e históricas como medio para afirmar, individual y colectivamente, una identidad social específica.

¹⁷ No obstante, véase Arrighi, Hopkins, Wallerstein, *Anti-Systemic Movements*, Verso, Londres, 1989. [Existe edición en castellano: *Movimientos antisistémicos*, Akal Ediciones, Madrid, 1999.]

Cada vez que se han visto enfrentados a la predisposición del capital a considerar al trabajo como una masa indiferencia sin más individualidad que una capacidad diferencial para aumentar el valor del capital, los proletarios se han rebelado. Casi invariablemente, se han valido o han creado de nuevo una combinación cualquiera de rasgos característicos (edad, sexo, color, diferentes especificidades geohistóricas) que se prestaban a ser utilizadas para imponer al capital algún tipo de tratamiento especial. Como consecuencia, el patriarcado, el racismo y el nacional-chovinismo han sido partes integrantes de la formación del movimiento obrero mundial a lo largo de sus dos trayectorias del siglo xx, y siguen viviendo de una forma u otra en la mayor parte de las ideologías y organizaciones proletarias.

Como siempre sucede, la disolución de estas prácticas y de las ideologías y organizaciones en las que se han institucionalizado sólo puede ser el resultado de las luchas de aquellos a quienes oprimen. El poder social que la carrera por la reducción de costes está poniendo en manos de segmentos tradicionalmente débiles del proletariado mundial no es más que el preludio de estas luchas. En la medida en que estas luchas triunfen, el escenario estará listo para una transformación socialista del mundo.